

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Virus celestial

Frankie ha inventado un concurso mundial cuyo tema es el siguiente: ¿De qué color son los ojos de la señorita Brigitte Montfort? Parece una tontería, ¿verdad? Y en éstas están, discutiendo el asunto en su apartamento, cuando a la Central de la CIA llega una carta en la que se solicita la ayuda de la agente Baby. He aquí el problema: una avioneta que transportaba determinados virus se ha estrellado en cierto lugar de África y al reventar los recipientes que contenían los virus éstos se han extendido alrededor del lugar del accidente causando gran cantidad de muertes… de personas de raza negra. Los de raza blanca y otras razas están a salvo. Sólo mueren los negros. Intrigante y preocupante, y alguien tiene la buena idea de recurrir a Brigitte para resolver la incógnita.



Lou Carrigan

Virus celestial

Brigitte en acción - 496

ePub r1.3
Titivillus 04.10.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: maregeo
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Prólogo

El azul del cielo era diáfano. No podía ser más azul.

Era tan hermoso que hacía comprender toda la belleza de la vida. Tal vez la vida, a fin de cuentas, no sea demasiado importante, pero indiscutiblemente, es bella.

Era todo tan hermoso que el hombre de raza negra que pilotaba la avioneta incluso se había olvidado momentáneamente del riesgo que había corrido, del grave e indiscutible peligro de muerte en que había estado.

Pero ya no.

Ya no había peligro alguno.

La avioneta que había robado en la factoría de la empresa Chimica Italiana, en Lokoja, Nigeria, funcionaba estupendamente. Ningún problema. A fin de cuentas, para eso son las avionetas: para volar.

Llevaba volando ya casi una hora, y estaba viendo el mar. ¡Por fin el mar! Primero, al despegar de la rudimentaria pista de la Chimica Italiana, había estado volando sobre el río Niger, siempre hacia el Sur.

Fue entonces cuando apareció el helicóptero que, sin la menor duda, iba a por él. Pero él, que ya se esperaba alguna acción de este tipo, estaba muy atento, y logró evadirse de la persecución, básicamente por la sencilla razón de que la avioneta era más rápida que el helicóptero.

Luego, cuando hubo dejado atrás el helicóptero perseguidor, pudo dedicar más tiempo a ver el paisaje y a reflexionar una vez más.

Sí, lo mejor era ir a Camerún, aterrizar en algún tramo de carretera adecuado cerca de la costa, y, dejando abandonada la avioneta, proseguir la fuga, por el momento a pie y cargando con la mochila que contenía los recipientes con el virus. Estaba seguro de

que antes de la noche habría conseguido algún medio de transporte, y que al amanecer ya nadie podría seguir su pista. Entonces, tranquilamente y escondiéndose en los momentos oportunos, se las arreglaría para llegar a Buea o Douala, desde donde podría poner el último tramo a su fuga con los virus que había robado en la Chimica Italiana.

Perfecto. Formidable.

Nada podía fallar ya. De modo que se dedicaba a contemplar el mar, tan diferente a la cuenca del Niger que había quedado atrás y a su derecha, puesto que él llevaba ahora un rumbo sudeste. Directo hacia Buea.

En realidad, esperaba ver de un momento a otro el Monte Camerún, al otro lado del cual se hallaba Buea, y, más al Sur, Douala. Era curioso lo del Monte Camerún, prácticamente separado del Macizo Adamaoua, tan cerca del mar, y con sus magníficos cuatro mil metros de altura…

La otra avioneta apareció de pronto, por su derecha. Fue como si de repente el sol estallase en reflejos hirientes. Por un instante tuvo la sensación (o quizá sólo fue el deseo) de que no fuese cierto, de que en realidad se trataba de una jugarreta atmosférica, de alguna extraña filigrana de los rayos del sol.

Pero no.

No era ninguna jugarreta, ninguna filigrana…

Era, efectivamente, una avioneta, pintada de rojo y blanco, y, sin la menor duda, mucho más rápida que la que él pilotaba. Y esto era lógico, ya que la Chimica Italiana no había adquirido una avioneta con fines bélicos, sino con fines de transporte de material y de personas. Una avioneta útil, una especie de herramienta laboral, y eso era todo.

La otra avioneta era bien diferente, y el negro que pilotaba la que había robado en la Chimica Italiana lo comprendió bien pronto. Le estaba alcanzando rápidamente, y era fácil suponer que con malvadas intenciones.

Seguramente se proponían derribarlo. Y querían derribarlo en el mar, de modo que la avioneta se hundiera con su carga, con los recipientes del virus.

Y con él mismo dentro, claro. De este modo, el asunto quedaría zanjado y sepultado para siempre.

—Hijos de puta… —masculló el apuesto negro que pilotaba la avioneta perseguida.

Y acto seguido, cambió su ruta. Ya no voló hacia el sudeste, sino decididamente hacia el este, es decir, hacia el interior de Camerún. Fue justo entonces, mientras efectuaba la maniobra, cuando divisó, hacia el sur de su posición, la silueta del Monte Camerún, como un fastuoso gigante escondido en las neblinas que llegaban del mar. Mala suerte. No era probable que llegase jamás a pasar al otro lado del gigante montañoso…

En realidad, había adquirido la súbita, triste, casi dolorosa certeza de que ya no iba a llegar jamás a parte alguna. Salvo al Reino de la Muerte, claro.

La primera pasada de la otra avioneta junto a la suya le convenció definitivamente de ello: le ametrallaron, y toda la inofensiva avioneta de la Chimica Italiana se estremeció, saltó, incluso estuvo a punto de dar una vuelta sobre sí misma. La iban a derribar, no cabía la menor duda.

Pero se propuso que no consiguieran hundirla en el mar.

Y en cuanto a él, no se daba por vencido todavía. Quizá pudiese salvar la vida. Sabía que había dos paracaídas en la avioneta, y, aunque jamás había saltado, pensó que era el oportuno momento para aprender. De modo que trabó los mandos de la avioneta, abandonó su puesto, y abrió el pequeño cajón donde se hallaban bien colocadas algunas herramientas y los dos paracaídas, uno de los cuales se colocó rápidamente.

La otra avioneta pasó en aquel momento por segunda vez, disparando de nuevo con una ametralladora, que volvió a perforar el ligero blindaje de la avioneta del negro fugitivo. Éste recibió dos impactos de bala, uno en la pierna izquierda y otro en el costado. Giró sobre sí mismo, cayó de bruces en el reducido espacio, y por un instante pensó que la avioneta estaba dando vueltas, cayendo y describiendo un fantástico tirabuzón.

Pero no. Seguía volando en milagrosa estabilidad, mientras la otra avioneta se alejaba, si bien iniciando ya la maniobra para regresar y ametrallar de nuevo la de la Chimica Italiana.

Todavía tendido en el piso cerca de los mandos, el negro vio la mochila en la que había colocado los recipientes del virus. Por un momento, pensó en cargar con la mochila antes de saltar, pero

enseguida tuvo otra idea mejor, de modo que olvidó la mochila, se puso en pie, y miró los trabados mandos. Si no hubiera sido porque sabía que querían derribar la avioneta, ésta quizás hubiera podido seguir volando con aquella ruta y a aquella altura hasta agotar el combustible…

No se lo pensó más: se colocó ante la portezuela, la abrió, y simplemente se lanzó al vacío, enganchando su dedo en la anilla del paracaídas, para tirar de ella y abrirlo.

Tardó cuatro o cinco segundos en conseguirlo. Por encima de él, como triturando el aire que silbaba en sus oídos, oyó los disparos de la ametralladora de la avioneta blanca y roja. Acto seguido sintió el tirón del paracaídas al abrirse y frenar su caída. Alzó la mirada en busca de las avionetas, y en el acto vio la suya soltando una larga humareda negra que se iba ensanchando tras ella…

Buscó con la mirada la otra avioneta, que oía rugir en alguna parte.

Y la vio de pronto volando hacia él.

El hermoso negro sintió un violento escalofrío.

Luego, al mismo tiempo que veía aquellas bonitas rosas rojas pintadas en la parte blanca del morro de la avioneta enemiga, comenzó a recibir de lleno los impactos de las balas disparadas desde la avioneta.

Sintió los primeros golpes, experimentó la primera sensación de dolor.

Su cuerpo, convertido en un pelele horrorosamente sangriento, continuó descendiendo hacia el suelo africano, meciéndose al extremo del paracaídas que reflejaba la hermosa luz solar, la magnificencia de un luminoso cielo infinitamente azul.

Capítulo primero

—Azules o no —dijo Frank Minello—, son absolutamente maravillosos, de modo que insisto en mi idea.

—¿Qué idea? —se interesó Charles Alan Pitzer, que acababa de llegar y entraba en el salón detrás de Peggy, el ama de llaves de Brigitte Montfort.

—Usted cállese —masculló Minello—. No pinta nada en esto.

—Este hombre —suspiró Pitzer, dejándose caer en uno de los suntuosos y por supuesto confortables sillones— cuanto más viejo se hace más grosero se vuelve.

—¡Oiga usted…! ¡A mí nadie me llama viejo sin que le parta las narices!

—¿Pero puedo llamarlo grosero? —sonrió Pitzer.

—Eso sí, porque como es mentira nadie le hará caso. En cambio, como lo de viejo es bastante verdad, sí le harán caso… ¡Y eso me joroba un horror, carcamal del demonio! Además, ¡usted sí que es viejo! ¡Un viejo buitre!

Brigitte y Peggy reían de buena gana. Allá tenían una escaramuza más entre dos viejos amigos que simulaban odiarse poco menos que a muerte. Cada cual se divierte como puede.

—Frankie —dijo Brigitte, entre risas—, ¡ahora tienes que partirle la cara a tío Charlie!

—¿Partirle la cara? —Se pasmó Minello—. ¿Por qué?

—Bueno, la cara no, pero sí las narices, porque te ha dicho que eres viejo.

—Ah, sí… Bueno, ahora no tengo tiempo. Lo dejaremos para otra ocasión… Aunque no sé si vale la pena zurrarle en las narices a una vieja momia que no podría defenderse. ¡Ocupémonos de nuestros asuntos, de lo que estábamos preparando antes de que llegara este viejo buitre y además espía!

—¿Qué tienes tú contra los espías?

Frank Minello se quedó mirando pasmado a Brigitte Montfort, que se hallaba sentada, según costumbre, en el centro del sofá de pálidos tonos azules. En realidad, cualquier color azul tenía que parecer pálido comparado con los ojos de la espía-periodista más peligrosa… y hermosa del mundo. Aquella tarde precisamente, de modo especial, Brigitte Baby Montfort resplandecía con una belleza que sólo podía calificarse de luminosa. Tal vez porque antes de veinticuatro horas se reuniría con Número Uno…

—¿Yo? —Pudo mascullar por fin Minello—. ¡Nada! No tengo nada contra los espías en general, y además, me muero de amor por «una» espía en particular… ¡Pero odio a este monstruoso espía!

Señaló con un dedote a Pitzer, que sonrió de nuevo. Ah, la vida perdería parte de su gracia si algún día Frank Minello dejara de meterse con él, ciertamente.

—Claro que no lo odias, Frankie —le provocó Peggy.

—¡Sí que lo odio! ¡Zambomba, ya lo creo que lo odio! ¿Y sabéis por qué?

—¿Por qué, Frankie? —preguntó Peggy lo que se sabía muy bien sabido desde hacía años.

—¡Porque es el hombre que conseguirá que algún día alguien se cargue a Brigitte y yo me quede casi viudo!

—¿Cómo, casi viudo? —Inquirió Brigitte, consiguiendo contener la risa—. Frankie, eso no puede ser: o eres viudo completo o no eres viudo en absoluto.

—No señorita, en mi caso yo sería «casi viudo», porque vamos a ver: ¿tú estás casada conmigo?

—Que yo sepa, no —reflexionó la divina espía.

—¡Pues ahí tienes! Yo me considero casado contigo, de modo que si murieses sería viudo, ¿no? Pero como no estamos realmente casados, sería viudo solamente a medias. ¿Y acaso un viudo a medias no es un «casi viudo»?

Pitzer y Peggy estaban sencillamente estupefactos, pero Brigitte soltó una de sus deliciosas carcajadas, y asintió.

—¿Sabes que tienes razón? ¡A mí nunca se me habría ocurrido una cosa así, pero me has convencido! De todos modos, no sería justo que cuando yo muera se culpe de ello a tío Charlie. Recuerda que si me juego la vida es porque quiero, no porque me obligue nadie.

—¡Je! ¡Ya me gustaría estar seguro de que este viejo buitre de mirada siniestra no te tiene hipnotizada desde hace yo qué sé cuántos años!

—Este mamarracho cada día dice más tonterías —refunfuñó Pitzer.

—Sí, ¿eh? —Volvió a apuntarlo Minello con un dedote—. ¡Atrévase a decir que no ha venido aquí a proponerle a Brigitte una de sus maquiavélicas misiones! ¡Vamos, atrévase!

—Bueno… No exactamente, pero… En fin, lo que quiero decir…

—¿Lo ves? —Se volvió Frank con gesto triunfante de nuevo hacia Brigitte—. ¡Ha venido a enviarte a la muerte!

—Vamos, Frankie, no seas dramático —rió Brigitte—. Y en cuanto a usted, tío Charlie…, ¿qué ha venido a proponerme?

—Pues… Oh, antes me gustaría saber de qué idea estaba hablando Frankie cuando he llegado.

—Es una de sus tonterías. ¿Qué ocurre en el mundo?

—¡Cómo, una de mis tonterías! —Protestó Minello—. ¡No es ninguna tontería! Se trata de un concurso.

—Un concurso —se pasmó Pitzer.

—Sí señor, un concurso.

—¿Y en qué consiste ese concurso?

—¿Usted cree que los ojos de Brigitte son azules?

—Pues… Vaya, claro que sí son azules. ¡Por supuesto que sí!

—¡Pues ella dice que no son azules!

—¿No? —El pasmo de Pitzer era total—. ¿De qué color son, entonces?

—Ella dice que «parecen» azules, y que, ciertamente, tienen algo de azul, pero que también tienen como cierto matiz que no es exactamente azul.

—¿Qué matiz?

—¡Ni ella misma lo sabe! Pero tal vez tenga una parte de razón, porque lo indudable es que sus ojos son celestiales, es decir, del color y de la cualidad del cielo. ¿Y quién se atrevería a decir cuál es «exactamente» el color del cielo y de qué está hecho éste? ¡De modo que se me ha ocurrido el concurso! Un concurso en el que pueden participar todos los norteamericanos, y hasta todos los habitantes del planeta Tierra. La pregunta del concurso sería: «¿De qué color son los ojos de la señorita Brigitte Montfort?». Y a quien los

describiera de manera más exacta, y sobre todo de manera más poética, el Morning News le invitaría a pasar una semana en Nueva York, y además recibiría un beso de la señorita Montfort, ¡que sería televisado en directo a todo el país, y luego a todo el mundo!

Charles Alan Pitzer consiguió salir de su pasmo, y masculló:

—Es la majadería más grande que he oído en mi vida.

—Es que aún no ha terminado —dijo suavemente Brigitte—. Según Frankie, es muy posible que en el concurso llegasen a participar alrededor de quinientos millones de personas. Y cada una de esas personas, para participar, tendría que pagar dos dólares USA.

—Pues todavía más majadería. ¡De ninguna manera creo que nadie pague nada por concursar!

—Es que el dinero recaudado sería para la UNICEF —dijo de nuevo muy suavemente Brigitte—, a fin de que pudiera seguir prestando su ayuda de toda clase a los niños necesitados del mundo.

Charles Alan Pitzer pareció recibir un mazazo en plena cabeza, tal fue su gesto de aturdimiento. Aturdimiento que no le impidió hacer un rápido y facilísimo cálculo: Frank Minello estaba tramando algo simpático que, además, podía proporcionar mil millones de dólares a la UNICEF.

Brigitte hizo un gesto a Peggy, y ésta, riendo, se apresuró a servirle a Pitzer una copa de Dom Perignon, que el viejo espía casi se bebió de un trago.

—Salud, viejo buitre —dijo Minello—. Y ahora, a ver: ¿qué nueva siniestra maquinación ha preparado la CIA, para llevar a cabo la cual tiene la pretensión de utilizar a la agente Baby?

—No puede tratarse de nada de eso, Frankie —dijo Brigitte—, porque la CIA sabe perfectamente que yo sólo trabajo CON ella, no PARA ella, y que, además, mis intervenciones sólo pueden ser requeridas cuando sean básicamente humanitarias. ¿Es éste el caso, tío Charlie?

—Pues no lo sé, francamente…, aunque juzgando por el contenido de la nota yo diría que sí.

—¿Qué nota?

—Una que ha llegado a la Central de la CIA dentro de un sobre dirigido a nuestro director, pero cuya destinataria final es usted. A nuestro director se le pedía que hiciera llegar a manos de la agente

Baby la nota adjunta. Aquí la tiene. —Pitzer tendió una hoja de papel a Brigitte—… Es una copia que hemos redactado por radio. La original está en la Central todavía.

Brigitte asintió, tomó el papel, y leyó despaciosamente lo escrito en él:

> *Soy Bruno Santorini, químico, y uno de los jefes de producción de la empresa Chimica Italiana, cuya sede central se halla instalada en Milán, con sucursales en varios países, entre ellos Nigeria. En estos momentos estoy alojado en el hotel Kursaal, de Washington, con la esperanza de que la agente Baby acepte contactar conmigo.*
>
> *Muchas gracias.*

Frank Minello, que por supuesto se había apresurado a sentarse junto a Brigitte para leer también la nota, frunció el ceño, y tras reflexionar unos segundos murmuró:

—¿Chimica Italiana? Me suena este nombre…

—Evidentemente es la propietaria de la avioneta que hace unos días se estrelló en África, concretamente en el norte de Camerún, en el macizo del Adamaoua, muy cerca de la frontera con Nigeria.

—¡Exacto! Sí, eso es. Precisamente la prensa mundial está comentando estos días la extraña epidemia que está afectando a miles de negros que viven en la zona donde se estrelló esa avioneta. Están muriendo como moscas, y… ¡Un momento! ¡Un momento, un momento, esa avioneta bien podría ser la causante de…!

—¿Qué sabemos de este caballero llamado Bruno Santorini, tío Charlie? —preguntó Brigitte.

—Como es lógico, en cuanto Cavanagh fue informado por nuestro director de que ese hombre pretendía nada menos que entrevistarse con usted, envió media docena de Simones a por él: en estos momentos, el señor Santorini está tan estrechamente vigilado que no podría ni ir al lavabo sin que nosotros nos enterásemos. Eso aparte, se pidieron inmediatamente informes de él a nuestro Centro Coordinador Europeo, que facilitó casi en el acto una respuesta provisional. Según ésta, Bruno Santorini es químico de profesión, una persona inteligente, culta, encantadora y con un puesto muy importante en la Chimica Italiana, donde se le supone una

promoción rápida y brillante.

—Zambomba —dijo Minello—… ¡Cualquiera se fía de un sujeto que parece tan maravilloso!

—Yo me fío —dijo Brigitte.

—¡No me digas que piensas aceptar un contacto con ese sujeto al que no conoces y que podría…!

—Vamos, Frankie, no seas pelma. En primer lugar, el señor Santorini no puede ser tan cretino de creer que la agente Baby va a entrevistarse con él, y nada menos que en Washington sin tomar sus precauciones y aprovechar todas las ventajas de hallarse en su propio terreno. En segundo lugar, puesto que el señor Santorini ha oído hablar de la agente Baby sabrá sin duda que intentar engañarme es jugarse la vida con un noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento en su contra. Y en tercer lugar, ¡zambomba! —Sonrió de pronto encantadoramente la señorita Montfort—, si es una persona culta, inteligente y encantadora no voy a ser tan tonta de privarme de conocerla.

—Pero… ¡pero tienes que encontrarte mañana con Uno!

—Le avisaré que retrasamos un poquito el encuentro.

—Pero… ¿y si luego resulta que ese italiano no es tan encantador como dice el informe?

—Pues peor para él. Pero si lo es, deseo conocerlo. Esto aparte, Frankie, una persona que quiere hablarme de la Chimica Italiana en estos momentos en que miles de negros están cayendo como moscas en la región donde se estrelló una de sus avionetas, merece toda mi atención.

Capítulo II

Al señor Bruno Santorini le habían visitado dos caballeros el día anterior, en su hotel, y le habían dicho, como la cosa más natural del mundo, que la agente Baby había aceptado entrevistarse con él.

Simplemente esto y el lugar y la hora de la cita. Es decir, en contra de lo que había temido Santorini, la CIA no se abalanzó sobre él presionándolo para que les dijera a ellos lo que pretendía negociar con la agente Baby. El contacto había sido aceptado, y eso era todo.

»—Solamente una cosa más, señor Santorini —le había dicho amablemente uno de los caballeros antes de despedirse—: si usted es un loco que pretende perjudicar de algún modo a Baby, nosotros no le mataremos.

»—Querrán decir que me matarán —corrigió Santorini.

»—No —dijo el otro sujeto, tan correcto como el anterior—. No lo mataríamos. Eso es lo que usted querría, pero no lo mataríamos. Es decir, sí lo mataríamos, pero… con tiempo.

Cuando pensaba en el significado de aquellas palabras, y en la inescrutable expresión de aquellos dos hombres, Santorini sentía que se le ponían los pelos de punta, al mismo tiempo que experimentaba la sensación de que debajo de su piel se había formado como una costra de hielo…

Pero en fin, allá estaba, esperando a la agente Baby sentado en un banco de East Potomac Park, cerca del Memorial Jefferson, y contemplando las aguas del río Potomac. Talmente parecía que los almendros de la orilla deseaban ya florecer.

La muchacha rubia que apareció paseando en bicicleta solamente llamó la atención de Bruno Santorini por su belleza. Por lo demás, ni remotamente la relacionó con la agente Baby. Ni siquiera cuando ella detuvo la bicicleta frente a él, se apoyó con un pie en el suelo, y preguntó:

—¿Qué hora es, por favor?

Santorini consultó su reloj de pulsera, y sonrió a la rubia de ojos verdes que le contemplaba como divertida.

—Las once y media, señorita.

—Entonces, tal como tengo por costumbre, he llegado puntualmente.

Bruno tardó todavía casi cinco segundos en comprender. Entonces quedó estupefacto. La rubia rió, dejó la bicicleta apoyada en su pequeño soporte lateral, y se sentó junto al italiano.

—Estoy enfadada con mis Simones —dijo—. Por más que les ordené que fuesen discretos y solamente vinieran dos o tres a controlar esta entrevista, me han llenado el parque de compañeros armados hasta los dientes. ¿Por qué será que me quieren tanto?

—Supongo que por lo mismo que la admira Mario Lipari — sonrió Santorini.

—Ah… El simpático y eficiente directivo del servicio secreto italiano, el famoso SID. De manera que ha sido él quien le ha recomendado que se pusiera en contacto conmigo.

—Mario me aseguró que no tenía la menor duda de que usted le recordaría, y espera que sea con agrado.

—Desde luego que sí[1]. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Santorini?

—Me permito suponer que está al corriente de que una avioneta de mi empresa, la Chimica Italiana, se estrelló en Camerún, y que a su alrededor se han producido… y siguen produciéndose numerosas muertes.

—Sí. Pero solamente mueren personas de raza negra, señor Santorini. ¿Cómo es posible una cosa así?

—No lo sé. Y eso es lo que últimamente me ha hecho concebir la esperanza de que quienes nos acusan estén equivocados.

—¿Quiénes acusan a quiénes y de qué los acusan?

—Usted tiene que saber que prácticamente toda la prensa mundial está acusando a la Chimica Italiana de ser la causante de esas muertes de negros en la zona donde se estrelló nuestra avioneta. La versión más extendida y más creída es que la Chimica está fabricando virus mortales en su factoría de Lokoja, en Nigeria, con vistas a su venta secreta a quienes los paguen bien. Así las cosas, cuando una de nuestras avionetas realizaba el transporte de

una partida de esos virus, se estrelló debido a una avería, los contenedores de los virus reventaron, y éstos, liberados, están causando esa mortandad entre la población negra alrededor del lugar donde cayó la avioneta.

—¿Y usted cree que no se trata de nada de eso?

—Bueno, se me ha ocurrido que podría no serlo, precisamente debido a que solamente están muriendo personas de raza negra. Eso me hace concebir la esperanza de que la Chimica no tenga nada que ver, y que se trate simplemente de una epidemia de tantas que afecta a la raza negra.

—Es bastante razonable —admitió la rubia, mirando con suma atención los oscuros ojos del italiano—. Pero, ciertamente, la versión más extendida es la que usted ha mencionado en primer lugar, o sea que la Chimica Italiana está fabricando virus en su factoría de Lokoja, en Nigeria, y que una partida de esos virus, por accidente, cayó y entró en acción.

—Yo no lo creo así.

—Señor Santorini —la voz de la rubia se endureció considerablemente—: todas las evidencias conseguidas hasta ahora acusan a la Chimica Italiana. En la avioneta han sido hallados recipientes resquebrajados con restos de contenido que, analizado, ha demostrado que se trata de un virus que está siendo sometido a estudios más amplios.

—¿Está usted al corriente de que en los restos de la avioneta no fue hallado ningún cadáver?

—Sí. Evidentemente, el piloto o pilotos que conducían la avioneta saltaron en paracaídas. Cabe suponer que no tardarán en encontrarlos.

—Solamente iba un hombre, en esa avioneta. Y según mis… digamos tímidas y discretas averiguaciones, él no tenía por qué realizar transporte alguno. Es más: según los datos que he conseguido se diría que ese hombre «robó» la avioneta.

—¿La robó? ¿Y qué podría significar eso, según usted?

—Si el envío era una actividad secreta de la Chimica, ese hombre no tenía por qué robar la avioneta, causando un cierto alboroto en la factoría. Por el contrario, cabe suponer que un transporte de esa clase de material más bien se realizaría de un modo discreto, sigiloso. ¿No está de acuerdo? Y luego, está la

personalidad de ese hombre.

—¿Quién era?

—Neko Tarambo, un joven químico que había asistido a la universidad en Paris. Un muchacho inteligente y, hasta donde yo he conseguido averiguar, honesto y con grandes ambiciones profesionales. Una persona de calidad, y usted sabe a qué me refiero al decir esto.

—Sí.

—Una persona como Neko Tarambo no se dedica a fabricar virus nocivos, ni a transportarlos, ni a robar avionetas de la empresa en la que está empleado.

—Tengo la impresión, señor Santorini, de que usted ya tiene elaborada su propia teoría respecto a lo ocurrido.

—Así es.

—¿Y cuál es esa teoría?

—La Chimica Italiana, en su factoría de Lokoja, Nigeria, está dedicada especialmente a la fabricación de insecticidas y fertilizantes. Nada de virus. Ahora bien, es muy posible que alguien de la factoría, aprovechando las instalaciones de ésta, se haya dedicado a la fabricación de esos virus. Neko Tarambo se dio cuenta, consiguió unas cuantas dosis de ese virus, y los robó, así como la avioneta.

—¿Con qué objeto hizo ese doble robo?

—No lo sé. Pienso que posiblemente quería tener esas dosis de virus para hacer alguna acusación o denuncia. Se dieron cuenta de que las había conseguido, lo persiguieron, él escapó con la avioneta…, pero finalmente lo alcanzaron y lo derribaron. Él se lanzó en paracaídas, pero ahora debe de estar muerto, pues sin duda cayó en la zona afectada por el virus.

La bella rubia seguía observando con suma atención los ojos de Bruno Santorini. Permaneció en silencio no menos de quince segundos antes de murmurar:

—De modo que usted, en su deseo de proteger el buen nombre de la Chimica Italiana, ha elaborado toda esta teoría en la que, de existir culpables, serían unos… traidores empleados de la Chimica. Y como deduzco que es usted amigo personal de Mario Lipari, pues tienen una edad parecida, se fue a verlo y le expuso todo este enredo.

—Mario y yo somos amigos de la infancia —susurró Bruno—, y tenga la certeza de que los dos somos honestos. Y por otra parte, cuando él me dijo que intentara comunicarme con usted ya me advirtió que pretender engañarla era una estupidez enorme. Yo no soy un estúpido.

—De eso me he dado perfecta cuenta. ¿Por qué no mencionó a su amigo Mario en la nota que me envió a la Central?

—No quise que la CIA se metiera de ninguna manera con Mario, pues eso podría dar lugar a que se le observara con desagrado en el SID, y salir perjudicado en su promoción profesional.

—Es usted muy considerado.

—Nada de eso. Simplemente, no es mi estilo perjudicar a mis amigos.

—Me doy cuenta de que es usted una persona muy fiel. No sólo con sus amigos, como Mario Lipari, sino con su empresa. Al parecer, no le importa salir salpicado de suciedad, lo cual ocurrirá en mayor o menor medida si se demuestra que, en definitiva, la Chimica sí estaba fabricando clandestinamente virus en su factoría de Lokoja, con destino a la venta supongo que secreta a determinados países o grupos.

—La Chimica no ha tenido nada que ver con esto.

—Su fe es admirable.

Santorini tomó su turno de observar con penetrante fijeza los ojos falsamente verdes de la rubia.

De pronto, se puso en pie, y dijo:

—Ya veo que usted no…

—Siéntese, señor Santorini —dijo suavemente la espía—. Y evite reacciones tan bruscas como la que acaba de tener, o podría caer con unas cuantas balas en la cabeza. Vamos, siéntese.

Bruno Santorini, que primero había palidecido, terminó por soltar un gruñido, y volvió a sentarse en el banco pintado de blanco. La mañana era soleada, tibia, encantadora. Lástima que las aguas del Potomac no fuesen precisamente como las de un arroyo de alta montaña.

—¿Sabe alguien de su empresa que usted está llevando a cabo esta… acción reivindicativa? —inquirió Baby.

—Dos de los directivos más importantes: Enzio Bonetti y Carlo Mazaro. Como comprenderá, en la sede de la Chimica en Milán ha

cundido el pánico. Esto puede ser la ruina, la aniquilación total de la empresa. Hubo una junta directiva de urgencia, en fin, todo eso. A nadie se le ocurría cómo enfocar el asunto. Entonces, pensando en la ayuda que podía prestarme Mario Lipari, me ofrecí para emprender una investigación. Hablé con Mazaro y Bonetti, y ellos me dijeron que si yo creía que podía hacer algo positivo tenía carta blanca y una cuenta de gastos sin límite.

—¿Les habló usted de Mario Lipari?

—Claro que no.

—¿Y de mí?

—Imposible. Todavía no había hablado con Mario, de modo que él no podía haberme hablado de usted.

—Claro. Vamos a suponer, señor Santorini, que en efecto alguien de la Chimica empleado en la factoría de Lokoja se ha dedicado a aprovechar las instalaciones de la empresa para fabricar clandestinamente nada menos que virus mortales. Una cosa así, obviamente, no podría hacerla cualquier persona, tiene que ser alguien cualificado, alguien con estudios de química y sus más modernos derivados… ¿Correcto?

—Por supuesto.

—Bien. ¿Conoce usted alguna persona concreta en esa factoría de Lokoja capacitada para esa producción clandestina de virus?

—Conozco tres: Silvio Ferraro, Ito Ogomo y Molo Sineko. Ferraro y yo estuvimos juntos en Milán hasta que él prefirió promocionarse fuera de Italia, donde la competencia era muy dura. Ogomo y Sineko son nigerianos, pero han estudiado Ciencias Químicas en Roma.

La espía americana emitió un gracioso silbidito, y sonrió encantadoramente.

—Zambomba, señor Santorini, ¡pocas veces he tenido tantas y tan bien estructuradas pistas para empezar a investigar un asunto importante, se lo aseguro!

—¿No confía en mí? ¿Qué es lo que causa su desconfianza?

—Nada en absoluto.

—¿No desconfía de mí? —exclamó Bruno.

—No.

—Entonces… ¿va a ayudarme?

La espía más peligrosa del mundo sonrió simpáticamente.

—Es usted quien me está ayudando a mí —respondió—, al facilitarme tantos datos. Quiero que sepa que con anterioridad a esta entrevista yo ya había decidido intervenir en este asunto. Es que, ¿sabe usted, Bruno?: nunca me han gustado las personas que se dedican a fabricar productos nocivos para la Humanidad.

—¡O sea, que Mario tenía razón, usted no podía permitir que alguien hiciera este tipo de cosas sin darle su merecido!

—Lo bueno de tratar con gente inteligente es que uno siempre sabe a qué atenerse. Veamos: ¿dónde podemos encontrar a esos tres caballeros llamados Ferraro, Ogomo y Sineko? ¿Están en Lokoja?

—En estos momentos no sabría decírselo con seguridad, pues han desaparecido de la factoría; pero tengo entendido que están en Lagos, a disposición de investigadores nigerianos que atienden el caso. También hay algunos investigadores que han llegado a la capital nigeriana enviados por el gobierno de Camerún, que es el país más duramente afectado por el virus.

—Ya. Claro. ¿Todos los investigadores, tanto los de Nigeria como los de Camerún, son de raza negra?

—No lo sé. Pero según me han dicho, tanto Nigeria como Camerún tienen especialistas europeos para atender casos de esta envergadura.

—Comprendo —suspiró Baby—. Ya conozco bien esa clase de personal. ¿Ha tenido usted ocasión de conversar con Silvio Ferraro, o con Sineko y Ogomo?

—Ni siquiera sé dónde los tienen los nigerianos…, si es que los tienen los nigerianos. Tengo intención de ir a Lagos y lo primero que haré será interesarme por el paradero de los tres.

—En ese caso, nos repartiremos el trabajo: yo me ocuparé de lo que se relacione con sucesos ocurridos fuera de la factoría, y usted investigará dentro de la factoría. Hable con los empleados de allí, a ver qué consigue saber de Neko Tarambo, el hombre que robó la avioneta, y de los otros tres… Bueno, usted ya me entiende.

—Sí. ¿Tengo que ir armado?

—Mejor que no. ¿Para qué?

—¡Cómo que para qué…! Si de alguna manera alguien pretendiera agredirme, más vale que esté preparado.

—Señor Santorini: si las cosas son como usted cree, la gente que vamos a encontrar ya está sobre aviso, y usted no tendría ni tiempo

de enterarse de que le mataban. Olvide las armas. A usted no le servirían de nada.

—Soy un buen tirador de pistola, se lo aseguro.

—¿A cuántas personas ha matado?

—¿Yo? —Palideció Bruno—. ¡Nunca he matado a nadie!

—Créame —susurró Baby—: ni se moleste en llevar armas. Y espero de su inteligencia que entienda esto: si tiene la más leve sospecha de que las cosas se le están poniendo mal, apresúrese a desaparecer. ¿Me ha comprendido?

Bruno Santorini asintió, pero muy serio, como enfadado, incluso mirando hoscamente a la rubia, que sonrió, se puso en pie, y se acomodó en el sillín de la bicicleta.

—¿Podrá estar usted en Lagos pasado mañana? —inquirió.

—Desde luego.

—Pues allí nos veremos.

—Sí, pero… ¿dónde, de Lagos? Es una ciudad grande.

—No se preocupe. A partir de ahora yo podré localizarle siempre que quiera.

—¡Eso no es posible!

La espía soltó una carcajada, y se alejó pedaleando graciosamente.

Dos minutos más tarde, detenía la bicicleta junto a una oscura limusina, de la cual se apeó un joven atleta, que se hizo cargo de la bicicleta y la metió en el amplísimo maletero, mientras la rubia se introducía en la parte de atrás del magnífico automóvil, sentándose junto a *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción de la CIA y amigo personal de la agente Baby desde hacía muchos años…

Frente a Cavanagh, en un panel de caoba, había un pequeño y sofisticado sistema de radio.

Baby sacó del bolsillo su pequeña radio, que había estado abierta en todo momento, y la apagó.

—Parece un hombre en quien se puede confiar —comentó el jefe del Grupo de Acción de la CIA.

—Sí, lo parece. ¿Qué más saben de él en Europa?

—Nada especial. Es un miembro de familia rica, jamás han tenido problemas de ninguna clase, todos son de gran nivel no sólo económico, sino cultural y humano… Caramba, uno de esos príncipes encantados de los cuentos infantiles. Lo único que se

puede comentar de él es que está divorciado.

—Pues vaya cosa. —El automóvil se puso en marcha, después que el agente que se había hecho cargo de la bicicleta se sentara junto al conductor, otro joven atleta—. Bueno, ya ha escuchado nuestra conversación, señor, de modo que sabe lo que quiero.

—Ordenaré que Bruno Santorini permanezca todo el tiempo localizado y bajo vigilancia.

—Bajo vigilancia… y bajo protección. También quiero que ordene la localización de Silvio Ferraro, Molo Sineko e Ito Ogomo en Lagos; y si es posible, llegar a un acuerdo con los nigerianos para que me permitan conversar con los tres. Y naturalmente, deseo que se proceda a la búsqueda de Neko Tarambo, el hombre que saltó en paracaídas desde la avioneta que transportaba el virus.

—Eso no va a ser nada fácil. El macizo montañoso donde se estrelló la avioneta no es precisamente Central Park. En cualquier caso, por supuesto enviaremos esa orden de búsqueda. Hay otra cosa, una última noticia que los nuestros han conseguido recoger allá, en África. Al parecer, la avioneta de la Chimica no se estrelló por accidente, sino que fue ametrallada. Y se han encontrado manchas de sangre salpicadas en su interior.

—Es decir, que cuando Neko Tarambo saltó en paracaídas estaba herido.

—Parece evidente.

La espía más eficaz del mundo quedó pensativa. En su mente apareció la imagen de la avioneta de la Chimica Italiana ametrallada. Por supuesto, desde otra avioneta, que tenía que ser más rápida que la de la Chimica. Luego, se imaginó a Neko Tarambo herido y saltando en paracaídas. Lo que se imaginó a continuación no le gustó nada. ¿Qué se podía esperar de quienes habían derribado la avioneta de la Chimica sino que terminaran concienzudamente su labor, ametrallando a Tarambo impunemente mientras el herido negro descendía colgado de un paracaídas?

Cuando miró a Cavanagh, éste asintió, y murmuró:

—Ese negro debe de estar muerto, sin duda, y su cadáver destrozado a balazos se lo están comiendo las alimañas en cualquier punto de los Adamaoua.

—Quiero que busquen también una avioneta rápida que quizá sea propiedad de alguien de la Chimica en Nigeria, o de alguien

relacionado con alguien de la Chimica…

—Podría ser alquilada —dijo el agente de la CIA que conducía.

—No. No se alquila una avioneta así como así en cuestión de minutos o de segundos para perseguir a otra. Y menos, en África.

—O un helicóptero —sugirió el otro Simón.

—Tampoco. Un helicóptero, salvo que sea muy especial, es más lento que una avioneta. Hay que buscar una avioneta… Pero sobre todo, que no me pierdan de vista a Bruno Santorini. Realmente, es un hombre encantador, y no quisiera que le ocurriese nada malo.

—Es usted todo corazón —aseguró Cavanagh.

—No siempre. Ni con todo el mundo. Por ejemplo, cuando encuentre a los causantes de que esos virus estén exterminando tantas personas en África me parece que no pensarán de mí que soy todo corazón.

—Hay gente que nace con mala suerte —sentenció Cavanagh.

Capítulo III

Bruno Santorini había viajado desde Washington a Lagos, en Nigeria, sin tomarse ni un respiro. Se había alojado en el hotel Balmoral Clayton, en la Avenida Liberty, y lo primero que había hecho había sido llamar a Lokoja, a la factoría de la Chimica, anunciando que llegaba delegado por la central de Milán a fin de atender las dificultades del momento, y que quería hablar con Silvio Ferraro.

La respuesta fue que Silvio Ferraro no se hallaba en la factoría ni en Lokoja, y que no sabían dónde se hallaba, aunque eso sí, se suponía que en manos de la Policía. ¿Sineko y Ogomo? Lo mismo que Ferraro, naturalmente. ¿La factoría? Cerrada y vigilada. ¿Algo más? Bruno dijo que no, dejó recado de que si se producía alguna novedad lo llamaran al Balmoral Clayton, y colgó el auricular. Se podía decir que todavía lo estaba colgando cuando sonaba la llamada a la puerta de su habitación, en el cuarto piso. Sin más consideraciones, Bruno abrió la puerta. Se quedó mirando a los dos negros un tanto toscamente vestidos, pero con evidentes deseos de causar buena impresión. ¿El señor Santorini hablaba inglés?

—Desde luego —asintió Bruno.

¿Podían ellos pasar para conversar con el señor Santorini? Eran de la policía nigeriana, y unos compañeros suyos de guardia en la factoría de la Chimica en Lokoja acababan de llamar a Lagos señalando la presencia del señor Santorini como enviado de la casa madre de la Chimica Italiana.

¿Tal vez el señor Santorini traía algunas instrucciones especiales para los señores Ferraro, Ogomo y Sineko?

—Claro que no traigo «instrucciones» —rechazó hoscamente Bruno—. He venido a pedir explicaciones sobre lo sucedido.

—Eso lo sabe ya todo el mundo, señor Santorini.

—No creo que todo el mundo sepa las cosas tan bien como mis

colegas Ferraro, Sineko y Ogomo —replicó Bruno.

—Ciertamente. Por eso nosotros los estamos buscando.

—Creía que los tenían ustedes —comenzó a impacientarse Bruno.

—Los trajimos aquí, a Lagos. Los instalamos en determinado lugar, pues preferimos tenerlos apartados de la curiosidad general. Pero ellos escaparon.

—¿Cómo que escaparon?

—Mataron a dos compañeros nuestros que los estaban custodiando, y escaparon.

Bruno Santorini palideció, y durante unos segundos no supo ni pudo hacer otra cosa que ir mirando de uno a otro negro, que a su vez le contemplaban con impávida fijeza. Por fin, murmuró:

—No sabía eso.

—Hemos preferido mantenerlo en silencio. Pero como comprenderá, buscamos con gran interés a sus tres amigos.

—No son propiamente amigos míos. Son colegas, eso es todo. En Milán me relacioné con alguna frecuencia con Ferraro, pero nada más.

—Ah, ya, claro. Bueno, al parecer tenemos los mismos intereses, señor Santorini: todos estamos buscando a esos tres colegas de usted. ¿Realmente a usted no se le ocurre dónde puede encontrarlos?

—Ya les he dicho que creía que los tenían ustedes. Yo no tengo ni idea.

—En ese caso no le molestamos más. Por otra parte, suponemos que usted ha venido a Nigeria con instrucciones de parte de su empresa de facilitar explicaciones a nuestro gobierno respecto a lo sucedido.

—Pienso atender eso en su momento y adecuadamente, en efecto.

—Ha sido usted muy amable, señor Santorini. Buenas tardes.

Los dos negros abandonaron la habitación. Bruno se dirigió al cuarto de baño, donde comenzó a quitarse la ropa. Sonó el teléfono en el dormitorio.

—¿Sí?

—No se le ocurra salir del hotel, por el momento. Y dentro de media hora baje al bar y tómese una copa. No haga absolutamente

nada más.

—¿Quién es usted?

—No sea tonto —mascullό su interlocutor.

Clic, se oyó el chasquido del auricular al ser colgado al otro lado de la línea.

Media hora más tarde, Bruno Santorini hacía su aparición en el bar del hotel, donde había no menos de una docena de personas, en su mayoría de raza blanca, pasando un rato agradable, a juzgar por las apariencias. Bruno buscaba con la mirada alguien que a su juicio encajase con la voz que había escuchado antes por teléfono, cuando le llamó la anciana.

—Joven, psit, joven, venga aquí… ¡Vamos, acérquese!

Con gesto no demasiado amable, pero incapaz de cometer la desconsideración de no atender a una anciana, Bruno se acercó a la mesa que aquélla ocupaba.

Era una anciana de aspecto simpático, e incluso atractivo, con sus blancos cabellos, sus gafas de cristales redondos, sus facciones todavía lozanas…

Toda una dama. Junto a la silla que ocupaba había un aristocrático bastón con empuñadura de plata. Sobre la mesa, extendido, el plano de la ciudad.

—Diga, señora —intentó mostrarse amable Bruno.

—Siéntese, siéntese… ¡No quiero que me luego me duela el cuello de tanto mirar hacia arriba!

—Discúlpeme, pero estoy esperando a una persona…

—Ya ha llegado.

—¿Quién?

—La persona que usted espera.

Bruno quedó por unos instantes con la mente en blanco. Acto seguido estuvo un par de segundos boquiabierto, atónito.

Por fin, jadeó:

—Santa Madona…

—Vamos, siéntese, invíteme a champán, y hablemos como si me estuviera dando indicaciones sobre el plano de Lagos. ¿Cómo es posible que la Policía le haya abordado tan pronto?

Bruno, que se había sentado y estaba haciendo lo posible por recuperarse del pasmo, replicó:

—Desde Lakoja les han avisado que yo había llamado allá, a la

factoría, preguntando por Ferraro, y han venido disparados a interrogarme.

—Cielos. ¿De verdad ha hecho usted eso? Creía que había pensado en algún sistema adecuado para localizar a sus colegas, digamos de un modo discreto. Pero en fin… ¿qué ha conversado con los nigerianos?

—Ellos también buscan a Ferraro y a los otros dos. Los tenían, pero Ferraro, Ogomo y Sineko mataron a sus dos guardianes y escaparon.

—Ya conozco esa versión —murmuró Baby—. Y ahora todos estamos buscando a esos tres hombres. Es de suponer que tarde o temprano alguno de los grupos buscadores los encontrarán. África es muy grande, pero a veces según qué personas sólo pueden seguir determinadas rutas o estar en determinados sitios.

—Hablando de eso: ¿cómo ha sabido usted que estoy alojado en este hotel? Y otra cosa: ¿es usted joven o vieja?

—Irreparablemente vieja, como se ve. ¿Le han dicho alguna cosa sobre Neko Tarambo?

—No he preguntado por él, eso quería investigarlo a fondo en la factoría, adonde pensaba ir esta tarde.

La anciana movió la cabeza con un gesto de resignación, y dijo:

—Será mejor que salgamos de aquí.

—¿No quería champán?

—Esperaré otro momento más oportuno. Ahora lo urgente es ponerlo a usted a salvo. Tengo que retirarlo de la circulación cuanto antes, o me lo van a matar delante de mis narices. Bruno, le asigné la labor de investigar dentro de la factoría, no de interesarse por lo que sucedía fuera de ésta.

—Ya le digo que pensaba ir esta misma tarde allá, y hacer preguntas sobre Neko Tarambo y…

—Tarambo está muerto.

—¡¿Lo han encontrado?! —exclamó Bruno.

—No. Pero sé que está muerto. Salgamos de aquí.

—¿Y cómo sabe que está muerto?

La anciana soltó ahora un gracioso suspiro de resignación, plegó el plano, y se puso en pie.

—Finja acompañarme para darme explicaciones una vez en la calle —dijo—. Y no se aleje de mí.

—¿Adónde vamos?
—Lo voy a poner en lugar seguro.
—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué quiere decir?
—Camine hacia la salida. Tengo afuera un coche que he alquilado en el aeropuerto. Viajaremos en él.
—Pero… tengo que ir a Lokoja, hacer cosas…
—Le voy a decir la mejor de todas: continuar viviendo. No se preocupe por ese par de policías.
Bruno, que había visto de pronto a los dos policías que poco antes le habían visitado en su habitación, se había alarmado, pero desistió de preocuparse. Si Mario Lipari no había exagerado, tener cerca a la agente Baby era algo así como un seguro de vida.
No obstante, cuando salieron a la calle y la anciana señaló el viejo y negro Ford Taunus sin la menor duda repintado, Bruno Santorini recuperó su preocupación al ver que los dos negros salían también del hotel.
—Nos están siguiendo.
—Déjelos que cumplan con su obligación. Conduzca usted.
Le entregó las llaves del coche. Bruno se sentó ante el volante, y la anciana lo hizo a su lado. Justo en el momento en que Bruno arrancaba y los dos policías se disponían a hacer lo mismo en su coche, apareció otro automóvil, que fue a detenerse en doble fila de tal modo que el coche de los dos policías quedó bloqueado.
—¡Vaya, qué buena suerte! —Exclamó Bruno—. ¡Ahora no podrán seguirnos, gracias a esa casualidad!
La anciana lo miró con incredulidad. Luego, simplemente, soltó una carcajada.
Pero pocos segundos más tarde ya no reía. Ni siquiera sonreía. Su expresión era fría y atenta, mientras sus ojos permanecían fijos en el espejo retrovisor exterior de su lado, en el cual estaba viendo el coche azul y blanco que, salvo que ella se equivocara mucho, había comenzado a seguirlos en cuanto comenzaron a alejarse del hotel.
No podía distinguir a las personas que iban dentro del coche, de modo que abrió su bolsito, sacó la pequeña radio, y la accionó.
—¿Sí? —Sonó la voz masculina.
—Simón, ¿nos están siguiendo ustedes en un coche blanco y azul?

—No. Nosotros hemos utilizado un coche para bloquear a los policías nigerianos, y estamos utilizando otro coche para seguir al coche azul y blanco que les sigue a ustedes.

—*Okay*. Pero no intervengan salvo emergencias evidentes. Tengo intención de obtener algún resultado positivo de este seguimiento.

—Entendido. Tenga cuidado con ese italiano: es tan bobo que la puede meter en un lío incluso a usted.

—¿De quién hablan? —Refunfuñó Bruno—. ¿De mí?

—Sí —rió la anciana, guardando la radio—. Yo no le llamaría bobo, pero sí ingenuo y despistado. No mire tanto por el retrovisor… ¡Y no se le ocurra intentar despistar ese coche que nos sigue!

—O sea, que la Policía nigeriana disponía de dos coches para vigilarme.

—Claro que no. Esos que nos siguen no son de la Policía.

—Entonces, ¿cómo me han localizado?

—Muy sencillo. Usted llamó a la factoría de Lokoja, y los policías que están de servicio allí llamaron a la Jefatura de Lagos informando que usted se hallaba en el hotel Balmoral Clayton. Pero alguien más de la factoría telefoneó a alguien de aquí, de Lagos, informando de la presencia de usted en el hotel y de que se interesa por Ferraro, Ogomo y Sineko.

—Entendido. ¿Y por qué me siguen? ¿Creen que yo voy a llevarlos hasta donde se hallan Ferraro y los otros dos?

—No sé tanto. Pero escúcheme con atención, Bruno: ahora saldremos de la ciudad como si usted pensara dirigirse a Lokoja. Si se limitan a seguirnos, pues muy bien, iremos a Lokoja, adonde de todos modos conviene ir a echar un vistazo. Pero si las personas que van en ese coche nos abordaran de alguna manera, usted dirá que yo soy Maria Piamonte, una vieja amiga de su familia que vive en Nigeria hace tiempo, y que he pasado por el hotel para recogerle con mi coche y guiarlo hacia Lokoja. ¿De acuerdo?

—¿Se lo creerán?

—¿Por qué no? En cualquier caso, recuérdelo.

Evidentemente, las previsiones de la anciana no eran superfluas ni descabelladas: apenas hubo quedado atrás la ciudad, el coche azul y blanco que les seguía los adelantó y acto seguido se cruzó

delante de ellos, obligando a Bruno a frenar casi saliéndose de la carretera para evitar la colisión.

Con una rapidez que no dio tiempo a Bruno a reaccionar, dos sujetos, uno de raza negra y otro de raza blanca, se apearon del otro coche, y, en un abrir y cerrar de ojos, se metieron en el de Baby, en el asiento de atrás.

En el momento en que Bruno se volvía furiosamente hacia ellos, el hombre de raza blanca sacó una pistola y puso la boca de fuego tocando la nariz del italiano.

—Tranquilo, amigo —dijo en inglés—. Haga lo que le digo y no pasará nada. De momento, siga el coche que conduce nuestro compañero. Y se lo advierto: si me toca los cojones lo lamentará. Venga, arranque ya.

El coche azul y blanco proseguía la marcha. Asumiendo su papel lo mejor que supo, Bruno Santorini obedeció al sujeto invasor, que ocultó discretamente la pistola. El negro sonreía feliz como una bestia recién comida.

—¿Y esta vieja quién es? —inquirió el blanco.

—¿Y quién es usted? —Masculló Bruno—. Ya me imagino que es un granuja de mucho cuidado, pero ¿qué demonios quiere de nosotros? ¿Atracarnos?

—Pues no es mala idea —rió el blanco—. Pero aún tengo otra idea mejor: si vuelve a dárselas de gallito conmigo le reventaré los cojones de una patada. Lo repetiré: ¿quién es la vieja?

—Es una amiga de mi familia. La avisé de que venía y se ha ofrecido a facilitarme mis gestiones en Nigeria.

—Ah. ¿Y qué gestiones son esas?

—Soy empleado de la Chimica Italiana, y mis jefes me han enviado a investigar la verdad sobre un incidente ocurrido aquí. Estamos seguros de que ha pasado algo raro. Ahora nos dirigimos hacia la factoría de Lokoja, donde…

—Bruno —intervino suavemente la anciana—, quizás estos señores ni siquiera saben de qué les estás hablando.

—Lo sabemos mejor que él —aseguró el blanco—. ¿Quién es usted, abuela?

—Maria Piamonte. Vivo en Regent Place, en Lagos. Miren, si lo que quieren es dinero, mis nietos les…

—Tranquilícese. Con usted no va nada. Lo único que ocurre es

que alguien quiere hablar con el señor Santorini.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —exclamó Bruno.

—Este tío es tonto, ¿verdad, Kurt? —deslizó el negro.

—Incluso más que tú, Onam —rió el blanco—. Con una diferencia: tú lo eres de verdad, y a lo peor él sólo se las está dando de tonto. O se quiere pasar de listo.

—No entiendo eso, Kurt —quedó perplejo Onam—... ¿Cómo se puede ser tonto y querer pasarse de listo?

—Cierra la bocota —gruñó Kurt.

El coche azul y blanco abandonó muy poco después la carretera y enfiló un camino ancho pero polvoriento, por el que viajaron unos diez minutos.

Salieron a otra carretera, dirigiéndose ahora hacia el este. Comenzaron a ver el azul del mar.

La anciana se volvió a mirar a Kurt.

—Si a la hora de la cena no estoy en casa, o he avisado a casa por teléfono de que no voy a cenar, mis nietos avisarán a la Policía. Siempre temen que me ocurra algún accidente, cuando salgo con el coche.

—Sea buena y cállese, abuela. A nosotros, sus nietos y la Policía nos tocan los cojones. ¿Verdad, Onam?

—Sí —rió el negro—, nos los tocan.

La anciana sonrió cariñosamente, y se dedicó a mirar hacia el mar. Pronto aparecieron unos eucaliptos, un camino alquitranado, un grupo de acacias... Al fondo se divisaba la casa, grande y un tanto destartalada, y muy cerca de ella un enorme granero.

Finalmente, el coche azul y blanco se detenía frente a la amplia veranda, y Bruno también detuvo el que conducía.

—Venga, salgan —dijo Kurt.

Se apearon Bruno y la anciana.

Un poco más allá, a la sombra de un par de acacias, había un viejo Land Rover, y junto a éste un automóvil deportivo de la firma Ferrari, pero bastante antiguo y no precisamente en buen estado.

En la veranda había un negro, instalado en una mecedora y bebiendo directamente de una botella de *anisette* francés. El que había conducido el coche azul y blanco se acercó y le pidió un trago. La puerta de la casa se abrió, y apareció otro hombre de raza blanca, que se quedó mirando fríamente a Santorini tras dirigir una

indiferente mirada a la anciana.

—Traedlo —dijo, como si sólo contara Bruno.

Bruno, Baby, Kurt y Onam entraron en la casa, quedando en el porche los otros dos negros, bebiendo anisette. Llegaron a la sala, amplia, no mal amueblada, pero en absoluto acogedora, y apenas confortable.

El hombre blanco que, sin la menor duda, era el jefe del grupo, vestía bien, sin concesiones al calor ni a la pereza. Casi parecía un caballero, a juzgar por su aspecto y sus modales. Era alto, rubio, atractivo. Unos cuarenta años. Bajo su bien cortada chaqueta blanca apenas destacaba el leve bulto de una pistola en su axila izquierda.

—Siéntese, señora —dijo con indiferencia, dedicando su atención a Bruno—. Usted permanezca de pie.

La anciana se sentó. El jefe del grupo encendió un cigarrillo, ladeó la cabeza, y tras contemplar especulativamente a Bruno, inquirió:

—¿A qué ha venido usted exactamente a Nigeria?

Bruno explicó que sus jefes le habían enviado a hacer una investigación respecto a los virus, pues en la Chimica no habían tenido intención en ningún momento de fabricar virus.

—Usted ha llamado a la factoría interesándose por Ferraro, Sineko y Ogomo. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Se sorprendió Bruno—. Ellos tres son los químicos responsables de la producción de la factoría de Lokoja. ¿A quién habíamos de pedirles cuentas, sino a ellos tres? O a uno de los tres, claro está.

El sujeto rubio y atractivo incluso parecía decepcionado.

—¿Eso es todo? —murmuró—. ¿Quiere decir que no los buscaba porque ellos les hubieran dicho algo a los de Milán?

—Exactamente.

—O sea, que usted ha venido aquí a ciegas, sin ninguna información concreta y anterior a lo sucedido, ya sea facilitada por esos tres o por cualquier otra persona.

—Claro.

El hombre rubio estuvo pensativo unos segundos, y por fin sonrió. Fue evidente que su interés por Bruno Santorini habíase extinguido. Miró a la anciana.

—¿Y usted, señora?

La anciana explicó su falsa historia y facilitó su nombre. El rubio la contemplaba casi con simpatía.

—Yo me llamo Stenbeck —dijo—. Mike Stenbeck. Soy británico. ¿Conoce usted Venecia?

—Por supuesto —casi se ofendió Maria Piamonte.

—Es un lugar… especial. Pasé una buena temporada en Venecia, hace un par de años, cuando me enviaron allá a hacer un trabajo. Tengo muy grato recuerdo de Venecia.

—Lo celebro. ¿Qué clase de trabajo realiza usted, señor Stenbeck?

—Soy asesino profesional.

Bruno Santorini respingó. Maria Piamonte no se inmutó. Mike Stenbeck movió la cabeza, apagó el cigarrillo en un cenicero, y de pronto dedicó de nuevo su atención a Bruno.

—¿Tiene usted alguna idea del lugar donde pueden estar escondidos Molo Sineko e Ito Ogomo?

—No. Ni se me ocurre dónde pueden esconderse dos negros en su propio país. Otra cosa sería si se tratara de buscar a Ferraro. A él sí podría tratar de localizarlo.

—A Ferraro ya lo tenemos localizado. Ahora tenemos que encontrar a los otros dos.

—¿Usted sabe dónde está Ferraro? Pues dígamelo.

Mike Stenbeck frunció el ceño. Volvió a quedar pensativo. De repente se volvió hacia Kurt.

—Llévalos donde está Ferraro —dijo—. Y que se queden con él. Yo voy a llamar por la radio. Esperemos que no me ordenen regresar a Ciudad del Cabo, pues tendría que dejar el resto del asunto en vuestras manos, pandilla de inútiles.

Tras esto, el apuesto Stenbeck abandonó la sala. Kurt, que sonreía siniestramente, señaló hacia la puerta.

—Vengan conmigo —ordenó.

Capítulo IV

Salieron de la casa, Kurt señaló hacia el enorme granero, y acto seguido con una sola mirada hizo comprender al negro que había conducido el coche blanco y azul que debía acompañarlos.

Kurt encabezó la marcha.

Lucía un hermoso sol, pero la anciana sabía que muy pronto iniciaría su rápido descenso habitual en los trópicos, y que rápidamente llegaría la noche. Al pasar cerca del Land Rover y el Ferrari la anciana miró las matrículas de ambos vehículos. Simplemente, las miró, pero fue lo mismo que fotografiarlas, pues quedaron impresas en su memoria excepcional.

Onam se adelantó, y abrió la puerta del granero.

Lo primero que destacaba al entrar en éste era la avioneta que había allí, desplazada hasta el fondo. Por las deterioradas ventanas entraba suficiente luz solar para ver las rosas rojas pintadas en la parte blanca de su morro, orientado hacia la enorme doble puerta. La anciana apretó un instante los labios, y eso fue todo por su parte.

Pero Bruno Santorini no pudo contener una exclamación, ni su brusco gesto volviéndose hacia la anciana. El gesto sobresaltó a Kurt, que sin más terminó de encararse a Bruno y le aplicó un feroz puntapié en el bajo vientre.

Bruno intentó protegerse, pero sólo lo consiguió a medias: la vieja y sólida bota militar le derribó, presa de intenso dolor, y quedó en el suelo, encogido y lívido.

Onam y el otro negro rieron, y el primero dijo:

—Le has tocado los cojones tú a él, Kurt.

—Sí, es cierto —sonrió Kurt—. Ponedlo en pie, quiero que vea a su amigo Ferraro, que se creía que cuando lo rescatamos de la Policía matando a dos de ellos, era para ponerlos a salvo.

Los dos negros rieron, asieron a Bruno por los brazos, y lo pusieron en pie de un tirón. Bruno sacudió la cabeza, gruñó algo, y

se desprendió de los brazos de los negros. Entonces, sin dejar de reír, Onam le golpeó con una rodilla en la zona genital, y Bruno quedó colgando de nuevo de los brazos de ambos negros, que reían divertidísimos.

—Son como niños —dijo Kurt, mirando a la anciana—: les enseñas cualquier triquiñuela insignificante y ya tienen diversión para tiempo y tiempo. Venga, venga, usted también verá a Ferraro.

Baby lo vio enseguida. Es decir, no lo vio completamente, pero supo enseguida dónde estaba Ferraro: tendido en el suelo, y envuelto con una vieja lona. Kurt se acuclilló junto al fardo, lo desenvolvió parcialmente, y, en efecto, el ensangrentado, deteriorado y lívido cadáver de un hombre blanco quedó visible… Bruno, que apenas podía permanecer en pie a pesar de la ayuda de los dos negros, lanzó un grito de espanto, y su mirada quedó fija en el cadáver.

—Esto le pasa a la gente que no sabe hacer bien su parte en un trabajo —dijo Kurt—. Por eso Stenbeck se enfadó tanto con Ferraro.

—¿Lo ha matado Stenbeck? —preguntó la anciana.

—Bueno, digamos que lo hicimos entre todos… La verdad es que creíamos que Ferraro nos estaba engañando, y por eso lo tratamos tan mal.

—¿Qué quiere decir?

Kurt abrió la boca, pero de pronto frunció el ceño, y su mirada se tornó maligna.

—Preguntas mucho, abuela… Lástima que seas tan vieja, pues de otro modo nos divertiríamos contigo. Vosotros, buscad un par de lonas más, o algunos alambres. Vamos a empaquetarlos también a los dos.

—Oye, Kurt —dijo Onam—, a mí no me importa que sea vieja.

—¿No? ¡Pues a ver qué haces con ella, tengo ganas de reírme un rato!

—Pero… ¿qué pretenden? —Exclamó la anciana—. ¡El señor Stenbeck no les va a permitir ninguna grosería!

—Abuela, cuando el señor Stenbeck ha dicho que los trajéramos con Ferraro ha querido decir que hiciéramos con ustedes lo mismo que con él, es decir, matarlos y empaquetarlos, para ser arrojados al mar desde la avioneta cuando él emprenda el viaje de regreso. ¿Comprende? Venga, Onam, ¡a ver cómo te tiras a la vieja!

Onam rió, mostrando sus enormes dientes blancos y separados. El otro negro también rió, se acercó a la anciana, y le puso las manos sobre el pecho, simulando apretar sendas bocinas… Pero enseguida puso cara de pasmo, de pasmo total, y tartamudeó:

—Pero e-e-ella…

La anciana retrocedió dos pasos, abrió el bolsito que colgaba de su muñeca izquierda, e introdujo en su interior la mano derecha tras soltar ésta el bastón con empuñadura de plata. La mano reapareció empuñando la pequeña pistola con cachas de madreperla.

Plof, plof, disparó la anciana.

El negro que tenía ante ella recibió el balazo en el centro de la frente, y cayó sentado y muerto, con la bala alojada en su cerebro; todavía tenía expresión de pasmo. Onam no tuvo ni siquiera tiempo de comprender lo que ocurría, pues la segunda bala le acertó asimismo en la frente, y lo derribó de espaldas, como un fardo enorme. Kurt tuvo todavía tiempo de empezar a reaccionar, pero cuando su mano se acercaba al lugar donde guardaba la pistola, el arma de la anciana ya apuntaba a su frente. Todavía sin salir completamente de su asombro, Kurt soltó una maldición y quedó inmóvil.

Pero el más sorprendido y paralizado allí era Bruno Santorini, que ni siquiera había empezado a asimilar lo que acababa de ocurrir.

La anciana se inclinó, recogió su bastón, y puso la pequeña pistola en la mano de Santorini.

—Vigile a Kurt, yo voy a…

Kurt creyó llegada su ocasión, posiblemente convencido de que Bruno Santorini no era enemigo a tener en cuenta. Quiso terminar el movimiento de su mano hacia la pistola…, y enseguida se encontró con la aguda y afilada punta del reluciente estoque recién salido del bastón, hundida varios milímetros en su garganta.

—Te la estás buscando, escoria —dijo la anciana—. Si vuelves a provocarme no tendré en cuenta que prefiero mantenerte vivo por el momento. Ahora, saca tu pistola con dos dedos y tírala hacia tu derecha. A ver lo listo que eres.

Kurt estuvo tres o cuatro segundos contemplando aquellos ojos azules y quietos que, ahora que se fijaba bien, no eran nada

corrientes, y menos aún, expresaban senilidad. Despacio, sacó la pistola y la tiró hacia su derecha.

La anciana sonrió perversamente, y apretó el mango de su bastón, de modo que el estoque desapareció en su interior.

—Así me gusta —elogió—. Y ahora, puesto que a ti tanto te agrada el tema de los cojones, a ver qué te parece esto, valiente.

El puntapié alcanzó a Kurt en plenos testículos. El granuja de medio pelo pareció que fuese a gritar mientras se encogía, pero el segundo puntapié, acertándole en el mismo sitio, le privó completamente del resuello. Puso los ojos en blanco y se desplomó como muerto. La anciana miró al petrificado Santorini.

—No se fíe de él —aconsejó. Santorini asintió, y eso fue todo.

Baby se acuclilló junto al cadáver de Ferraro, movió la cabeza con gesto de desaliento al ver el destrozo que había sufrido el pobre hombre antes de ser asesinado, y se incorporó. En el suelo, Kurt comenzaba a gemir y a intentar incorporarse. Baby se acercó a él, le sonrió…, y le atizó otro escalofriante puntapié en los testículos que de nuevo fulminó al granuja. Luego se acercó a la avioneta, y en un instante se encaramó a ella y accedió a su interior, cuya capacidad era para cuatro pasajeros y el piloto. Fue a sentarse ante los mandos, cuyo tablero examinó de breve vistazo. En el piso, envuelta en lona, encontró enseguida la ametralladora y varios cargadores llenos. En un compartimiento del panel de mandos encontró un estuche de piel conteniendo algunas llaves, dos documentos con fotografías de Mike Stenbeck, pero con otros nombres, algunos billetes de la República de Sudáfrica, y un llavín de oro, suelto, en uno de cuyos lados se había grabado la inscripción StarAddBuil555Love.

Lo dejó todo donde lo había encontrado, abrió de nuevo su bolso, y sacó la pequeña radio. ¿Por qué será que incluso la gentuza como Kurt siempre creen que las mujeres son inofensivas, y más inofensivas aún cuanto más ancianas?

Pulsó la radio.

—¿Sí?

—¿A qué distancia están de la casa?

—Lo bastante lejos para no ser vistos y lo bastante cerca para llegar en cuanto usted lo ordene.

—Es una distancia perfecta —sonrió Baby—. ¿Le suena el

nombre de Mike Stenbeck?

—Ya lo creo. Es un criminal de guerras africanas. Un sujeto muy peligroso que hace años va de un lado a otro de África al servicio de quien mejor le pague. Una bestia total.

—Ya. Tome nota mental de una cosa que le voy a decir, y cuando nos reunamos dígame qué le sugiere. ¿Atento?

—Por supuesto.

—StarAddBuil555Love.

Cortó la comunicación, saltó ágilmente de la avioneta, para nuevo pasmo de Kurt, que se recuperaba, y tras recoger las armas de los muertos las tiró dentro de la avioneta. Bruno contemplaba con hipnótica fijeza a Baby, que recogió por fin la pistola de Kurt y se la entregó a Santorini, recuperando la suya, que guardó en el bolsito.

—Yo voy a charlar un ratito con Stenbeck —dijo—, y como me temo que es un hueso muy duro de roer sería conveniente que mantuviéramos con vida a Kurt. Si Stenbeck me falla charlaré con Kurt, aunque debe de saber muchas menos cosas. Tan pocas cosas que me temo que su conversación no me interesará; si así fuese, lo arrojaremos al mar desde la avioneta.

—Tal vez sé más de lo que usted piensa —respingó Kurt, sentado en el sucio suelo, cerca del cadáver de Silvio Ferraro.

—Los personajillos como usted —dijo despectivamente Baby— no suelen saber nada de nada, excepto matar y divertirse cuando tienen todas las de ganar. Pero ya veremos. Por eso está vivo todavía, no porque yo sea una hermanita de la Orden de la Caridad.

Salió del granero y se dirigió presurosamente hacia la casa, como quien huye de alguna horrible situación… El negro adicto al anisette francés la contemplaba atentamente, quieto y un tanto intrigado, desviando de cuando en cuando su mirada hacia el granero.

La anciana llegó a la veranda sin dejar de mirar al negro, se colocó ante él, le sonrió, mostró la mano armada con la pistola, y ordenó:

—Deja la botella en el suelo.

Estaba clarísimo que el negro no sabía qué hacer, no se decidía a obedecer. En su petrificado cerebro no acababa de asentarse la idea, la realidad presente de una anciana dominando la situación. Y en

sus ojos apareció el destello de rebeldía que hizo comprender a la agente Baby que aquel gigante no pensaba someterse a ella.

Plof, disparó.

Luego, tranquilamente, entró en la casa, en la que reinaba el más absoluto silencio. Estuvo escuchando unos segundos, pero no alcanzó a oír nada.

Nada de nada. Afuera, las sombras de la noche comenzaban a llegar con rapidez.

Ni siquiera veinte segundos más tarde encontraba la habitación de la planta baja donde se hallaba instalado el equipo de radio, viejo y sin la menor duda procedente de alguna rapiña efectuada en cualquiera de las últimas guerras que habían asolado el suelo africano… Tardó tres segundos más en darse cuenta de que la radio había sido inutilizada.

—¡Oh, no! —exclamó de súbito alarmada.

Ya sin disimulos ni sigilos, salió del cuarto, corrió por la casa, y salió a la veranda… en el mismo instante en que el rugir del motor de la avioneta brotaba del granero por las puertas abiertas de par en par.

—Oh, no —se lamentó ahora la espía americana.

En un instante comprendió lo sucedido. Stenbeck se había dado cuenta de que algo no estaba funcionando conforme a sus conveniencias, y, en lugar de hacer frente a la sospechosa anciana que se acercaba sola a la casa, había demostrado ser más listo que todos sus compinches juntos: había inutilizado la radio, había salido por atrás, la había dejado a ella hacer lo que quisiera allí dentro, y mientras tanto él había ido en busca de la avioneta, convencido de que se hallaba en mucho más serio peligro del que sugería una aparentemente inofensiva anciana.

La cual, en el momento en que la avioneta aparecía rodando rápidamente hacia la explanada, recurría una vez más a su pequeña radio.

—¿Sí?

—¡Simón, una avioneta blanca y roja está a punto de despegar! ¡Tienen que derribarla sea como sea! ¿Pueden hacerlo? ¡¿Pueden?!

—Si se pone a nuestro alcance dela por derribada. ¿Está usted bien?

—¡Yo estoy bien, pero…!

Tiró la radio dentro del bolso, y echó a correr hacia el granero. En los vidriados ojos del negro muerto sentado en la mecedora se reflejó, en tamaño diminuto, la figura de la anciana corriendo con agilidad sorprendente. Junto al negro, la botella de anisette, que no se había roto, terminaba de gotear su dulce contenido sobre la madera seca.

De pronto, Baby se detuvo, y apuntó con la pistola hacia la avioneta.

A través del cristal plástico de la carlinga vio el rostro de Mike Stenbeck, retorcido en una mueca siniestra y burlona al mismo tiempo. La espía disparó, pero las pequeñas balas de su pistola rebotaron en el plástico al no acertarlo de lleno, sino en ángulo. A los mandos de la avioneta, Stenbeck reía, y, al mismo tiempo, alzó un puño, amenazando con él a la espía, que pudo leer perfectamente en los labios del asesino profesional sus palabras proferidas furiosamente:

—¡Te encontraré, vieja puta de mierda…!

Baby estuvo disparando hasta que agotó el cargador, pero la avioneta pasó rugiendo a menos de veinte metros de ella, se elevó, y pasó por encima de unas acacias, en dirección al mar. Por esa parte resonaron numerosos disparos, algunos de ellos de rifle…, pero la avioneta continuó su vuelo hasta perderse en la distancia.

Para entonces, Baby ya había llegado corriendo al granero, en cuyo interior encontró el cadáver de Kurt, con un balazo en pleno rostro. Unos metros más allá, detrás de un montón de viejas cajas de madera casi podrida, donde terminaba un ancho rastro de sangre, encontró a Bruno Santorini.

Todavía empuñaba una pistola, y yacía de cara al techo, cerrados los ojos, lívido el rostro y el pecho empapado en sangre.

Baby se arrodilló junto a él, y puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello del italiano, captando el tenue y lento latir de la carótida… Afuera se oyó la llegada de un vehículo, y, enseguida, ruido de portezuelas y voces de hombre. La espía corrió a la puerta del granero.

—¡Simón! —llamó—. ¡Vengan todos, no se preocupen por nada de la casa! Los cuatro atléticos agentes de la CIA acudieron corriendo a su encuentro, y, todavía sin llegar, uno de ellos jadeó:

—¡Le disparamos, pero no teníamos armas adecuadas para…!

—¡Dejen eso ahora! ¡Necesitamos con la máxima urgencia un médico, tienen que traerlo aquí en helicóptero!

—Ve a pedirlo por la radio del coche —dijo Simón-Lagos a uno de sus compañeros.

Éste echó de nuevo a correr, ahora en dirección inversa. Los demás entraron en el granero, y fueron adonde yacía Bruno Santorini. Al ver cómo estaba, uno de los Simones emitió un silbido de admiración y alarma a la vez.

—Desde luego es mejor que lo que se pueda intentar por él se haga aquí mismo —dijo—. Si lo movemos, lo matamos.

—Tengo que llegar a El Cabo cuanto antes —murmuró Baby—. A ser posible, adelantándome a Stenbeck. Aunque quizás él no se dirija hacia allí, pues tiene que recordar que me mencionó esa ciudad. En cualquier caso, tenemos que pasar la orden de que en el aeropuerto de Cape Town esperen esa avioneta roja y blanca… ¡pero que no detengan a Stenbeck, que le den cuerda!

—Eso es cuestión de minutos, utilizando la radio —dijo Simón-Lagos—. En cuanto al viaje de usted, también podemos organizarlo rápidamente… Como principio de viaje puede utilizar el mismo helicóptero que nos traiga al médico para trasladarse al aeropuerto, y una vez allí, ¡qué me parta un rayo si no le consigo pasaje regular o un vuelo privado hasta El Cabo!

Apenas dos horas más tarde, la señorita Brigitte Montfort, famosísima periodista que había acudido a Nigeria en busca de noticias sobre el incidente de la Chimica Italiana, abandonaba el país en un vuelo regular directo desde Lagos, Nigeria, a Ciudad del Cabo, República de Sudáfrica.

Tras ella dejaba la remota esperanza de la salvación de Bruno Santorini. Por delante, llevaba la firme determinación de encontrar a Mike Stenbeck y a quien lo había contratado para intervenir en aquel asunto que, fuese cual fuese, no podía tener ninguna buena intención por parte del jefe del asesino profesional.

Porque, sin lugar a la menor duda, Stenbeck era sólo una de las muchas marionetas que movía el desconocido personaje.

Pero todavía quedaba una enigmática cuestión por resolver: ¿realmente existía un virus mortal… que sólo afectaba a las personas de raza negra?

Capítulo V

Mike Stenbeck era, sin la menor duda, un asesino profesional.

E incluso peor, era un criminal de guerra; porque un asesino profesional, según cómo se mire, tiene el discutible mérito de que en alguna que otra ocasión pone en riesgo su propia vida para llevar a cabo determinado «trabajo».

El criminal de guerra, no.

El criminal de guerra comete asesinatos masivamente y en la impunidad de su asentamiento oculto en el poder o por la fuerza de sus armas y de su maldad. Analizado esto tan esquemáticamente es fácil llegar a la conclusión, por tanto, de que un criminal de guerra es un engendro de la Humanidad al que se le debe tener profundo horror y terror.

Y así era normalmente: cuando Stenbeck entraba en acción, cuando se disponía a hacer realmente «una de las suyas», todos los que se hallaban cerca de él se ponían a temblar. Se hacía difícil imaginar, por el contrario, que hubiera alguien capaz de hacer temblar a Mike Stenbeck.

Y sin embargo, esa persona existía. Se llamaba Charles Van Derko.

Y esto era todo lo que Stenbeck sabía de él. Esto, en cuanto a la identidad del tal Van Derko. En lo que respectaba a su personalidad, Stenbeck sí sabía algunas cosas de Van Derko. Se las había dicho su amigo Olaf Svenson:

«—Paga muy bien, Mike. Es evidente que tiene mucho dinero, y que no le importa pagar espléndidamente a quien le sirve. Por tanto, si realmente necesitas ganar dinero, yo puedo ponerte en contacto con él. Pero piénsalo bien: si le traicionas o le sirves mal por desidia o estupidez, lo menos malo que te puede ocurrir es que veas cómo sus perros te comen los cojones… estando tú todavía vivo. Se lo ha hecho a más de uno: le corta los cojones y se los echa

a sus perros. Repito: eso es lo menos malo».

Mike Stenbeck recordaba muy bien estas palabras de su amigo Olaf. Pero las recordaba ahora, cuando por primera vez desde que trabajaba para el misterioso Van Derko algo no le había salido bien. Debido a esto, en lugar de dirigirse directamente a Ciudad del Cabo con la avioneta, había aterrizado en Port Elizabeth, a unos seiscientos kilómetros al este de aquélla. Desde aquí, había llamado a Olaf Svenson por teléfono, pidiéndole consejo y ayuda. Olaf le había dicho que acudiera a su encuentro desde Port Elizabeth, y se habían encontrado en el lugar convenido, en un parador que ambos conocían, sito en la carretera entre George y Knysna. Olaf se había presentado conduciendo su veloz coche deportivo, y había recogido a Stenbeck recomendándole que dejara allá el coche alquilado en Port Elizabeth, que ya lo devolverían oportunamente.

—Muy bien. Cuéntame lo ocurrido.

Stenbeck lo explicó, sin omitir nada, mientras Svenson conducía de regreso a Ciudad del Cabo, por el momento.

—Si te he entendido bien —dijo Svenson cuando Stenbeck terminó la explicación—, la culpa de tu fracaso se debe a una anciana.

—Nada de anciana —masculló Stenbeck—. Tenías que haberla visto moverse cuando dejó de fingir. Y ella solita se cargó a cuatro de mis colaboradores. Como si nada. Además, cuando yo escapaba con la avioneta apareció un coche desde el cual me dispararon incluso con rifles. ¡Maldita sea, es un milagro que esté vivo, Olaf!

—Ah, pero… ¿tú crees en los milagros?

—Te advierto que no estoy de humor para bromas.

—Lo que me pregunto es por qué no te cargaste a la anciana.

—Por dos razones. Una, que no quise disparar contra ella sin saber cómo estaban las cosas en el granero; quiero decir que preferí no armar bronca con ella y llegar por sorpresa al granero, por si allí las cosas estaban a mi favor. Y así fue, pues el tal Santorini era un infeliz.

—Ya. ¿Y la segunda razón?

—Tuve el presentimiento de que si disparaba contra aquella bruja no la iba a matar, y que, en cambio, perdería cualquier oportunidad de saber qué ocurría y cuál era mi situación.

—Entiendo. ¿Quiénes supones tú que podían ser las personas

que ocupaban el coche desde el que te dispararon?

—No tengo ni idea.

Olav Svenson ya no dijo más. Durante un buen rato condujo en silencio, pensativo. Por fin, expuso a Stenbeck todas sus cavilaciones.

—Yo lo veo del siguiente modo: Silvio Ferraro, que es quien tenía que entregarte el virus que fuiste a buscar a Lagos, fue quien falló inicialmente. ¿Correcto?

—Bueno, según me dijo antes de que lo matase, él no había tenido la culpa de lo ocurrido. Simplemente, un maldito negro llamado Neko Tarambo le robó los recipientes con los virus que tenía preparados para entregarme a mí, y escapó con la avioneta de la Chimica. Inmediatamente, Ferraro me llamó a Lagos y me dijo lo que ocurría. Yo había conseguido un viejo helicóptero para desplazarme por la zona, pues no quería utilizar la avioneta de nuestro grupo, y lo había enviado a Lakoja para que recogiese a Ferraro y a sus dos compinches, Ogomo y Sineko. Kurt pilotaba el helicóptero, así que lo llamé por la radio de la avioneta y le dije que interceptara el paso a la avioneta de la Chimica. Pero tal como me temía, no pudo hacerlo, de lo cual me avisó. Yo ya estaba volando con la avioneta en busca de la otra. Me acompañaban Kipo y Makinio. Yo comprendí que lo único que podíamos hacer era derribar la avioneta de la Chimica, de modo que se fuese al fondo del mar, con lo que nadie se enteraría de nada, y sólo tendría que esperar unos días para que Ferraro preparase otras dosis de virus. Pero el maldito negro que pilotaba la avioneta debió de sospecharlo, y varió el rumbo hacia el interior. Si lo dejaba seguir, aterrizaría en cualquier sitio y entregaría los virus a la Policía, o a un servicio secreto, o a las fuerzas armadas de cualquier país… En fin, ¿qué otra cosa podía hacer sino derribarlo? De todos los males, era el menor, ¿no te parece?

—Sí —admitió Svenson—. Y, como te decía, la culpa inicial de todo este trastorno la ha tenido Ferraro. No debió dejarse sorprender por ese Tarambo.

—Lo hicimos trizas con varias ráfagas cuando descendía en paracaídas —gruñó Stenbeck—. Pero el mal ya estaba hecho: está claro que Tarambo avisó, o bien pensaba avisar a la Chimica de que había detectado algo clandestino en el funcionamiento de la

factoría, advirtiendo que Ferraro y los otros dos estaban traicionando a la empresa fabricando algo por su cuenta utilizando las instalaciones y determinado material. Este aviso y lo ocurrido al estrellarse la avioneta, o una de las dos cosas, decidió a los jefes de Milán a enviar a Santorini a investigar.

—De acuerdo en todo. Pero… ¿y la anciana?

—Bueno, estoy seguro de que es amiga de Santorini, pero no se me ocurre nada más. Lo razonable es pensar que Santorini, que no me pareció precisamente un guerrillero, se rodease de personas adecuadas para respaldar su investigación, y esas personas por fuerza son la anciana maldita y los del coche que apareció a última hora.

—Sí. Pero cuanto más lo pienso más me inclino a considerar que la culpa inicial de todo la ha tenido Ferraro.

—Vamos, Olaf —mascculló Stenbeck—, es innegable que yo también he fracasado.

—Sí, pero no se te puede culpar del todo por el fracaso, ya que cuando tú llegaste a Lagos todo estaba en marcha, y tú no tenías por qué saber qué hacían los que habían detectado las maniobras de Ferraro. ¿Cómo podías controlar una situación que se te entregaba ya deteriorada por el mal hacer de otras personas?

—¡Je! Me gustaría que Van Derko fuese tan comprensivo como tú.

—Yo intentaré arreglar eso. Pero, Mike, no me mientas a mí. Si voy a dar la cara por ti tengo que estar seguro de que todo lo que digo es verdad, de que no estás deformando ni ocultando nada.

—Por supuesto que te he dicho toda la verdad de lo ocurrido.

—De acuerdo. En realidad, así lo creía, pues hace años que rodamos juntos por esta cochina África, pero compréndeme, tenía que asegurarme. Veamos… Yo espero convencer a Van Derko para que comprenda lo sucedido, y posiblemente me ponga a trabajar contigo a ver qué pasa, pero seamos precavidos.

—¿Qué quieres decir?

—Simularemos que todo esto me lo has explicado por teléfono, y que me volverás a llamar, pero que por el momento yo no sé dónde estás. Si me doy cuenta de que acepta las cosas bien, te llamaré. Si no, te avisaré para que desaparezcas de África, al menos durante una temporada. ¿Has comprendido?

—Claro. Eres un buen amigo, Olaf. Svenson encogió los hombros.

—Hoy por ti, mañana por mí —dijo—. ¿Tienes algún sitio donde permanecer… digamos tranquilo mientras yo voy a ver a Van Derko? Quiero decir algún otro amigo de confianza, o alguien que pueda alojarte durante un par de días…, en fin, cualquier persona que te conozca bien, ya me entiendes.

—Sí, claro —sonrió Mike—… Bueno, siempre puedo recurrir a Marianne.

—Nunca me has hablado de ella. ¿Quién es?

—Digamos que es una amiga de toda confianza. La conocí hace unos meses. Está empleada de animadora en un club nocturno, y es una chica… muy independiente, aunque últimamente estamos bastante ligados el uno al otro.

—¿Hasta el punto de que te permita esconderte en su domicilio aunque fuese por varios días?

—A decir verdad, el apartamento en el que ella vive lo pagué yo. Lo pusimos a su nombre, pero yo puse el dinero. Ella vivía en una ratonera, y yo la saqué de allí, la instalé en el apartamento y le di una copia de la llave.

Mientras decía esto, Mike Stenbeck había sacado un llavín de un bolsillo, y lo mostraba a Svenson, que hizo un gesto de sorpresa. Acto seguido, sacó el coche de la carretera, y fue a detenerlo a la sombra de unos raquíticos árboles situados a la izquierda de la carretera entre Port Elizabeth y Ciudad del Cabo.

El sol era terrible.

Se veía el mar, de un azul fascinante.

Svenson cogió el llavín de Stenbeck, y lo miró con curiosidad. Desde luego, no era muy frecuente ver llavines de oro. Vio la inscripción en un lado: StarAddBuil555Love.

Svenson estuvo mirando la inscripción durante unos segundos, fruncido el ceño. Por fin, sonrió divertido.

—La palabra Love no tiene mayores misterios: amor. Déjame adivinar el resto: este llavín corresponde al nidito de amor que le has puesto a tu… amiga Marianne en el Star Building, ese que está en el 555 de Adderley Street, en Ciudad del Cabo.

—Vaya, Olaf, no se puede decir que seas tonto —rió Stenbeck.

—No, no lo soy —rió a su vez Svenson—…, pero tampoco hay

que ser demasiado listo para descifrar esto: basta conocer un poco bien Ciudad del Cabo y tener las meninges en buen estado. De acuerdo —devolvió el llavín—, podrías instalarte con tu amiga. ¿Hay alguien más, cualquier otra persona a la que hayas hablado de esto y que sea de confianza…? ¿No?

—Te digo que no —dejó de negar con la cabeza Stenbeck—. Vaya, Olaf, tú sabes muy bien que no soy un bocazas que vaya confiando en cualquiera.

—Tal vez no seas un bocazas —sonrió simpáticamente Olaf Svenson—, pero lo cierto es que sí confías en cualquiera.

Sacó la pistola de debajo del asiento, puso la boca del silenciador sobre la zona del corazón de Mike Stenbeck, y apretó el gatillo.

Plop, chascó el arma.

Stenbeck se estremeció como si acabaran de someterlo a una tremenda descarga eléctrica, y sus dedos se separaron, dejando caer el llavín: talmente pareció que sus ojos fuesen a salirse de las órbitas. Estaba prácticamente muerto cuando empleó su último aliento en decir:

—Hijo de put…

Se estremeció, quedó quieto, y por un lado de la boca apareció un chorrito de sangre.

Eso fue todo.

Svenson apagó el motor del coche, retiró las llaves, y fue a abrir el maletero. Lo dejó abierto, fue a la portezuela junto a la cual estaba Stenbeck, y tras asegurarse de que nadie le veía en aquellos momentos, sacó el cadáver rápidamente y lo metió en el maletero, que cerró acto seguido. Volvió ante el volante, buscó en el piso del coche, y encontró el llavín de oro.

Miró su reloj de pulsera. Eran las cinco y media de la tarde. Podía estar de regreso en Ciudad del Cabo en menos de dos horas… Calculó que podía estar en el centro de la ciudad, es decir, en Adderley Street, hacia las siete y media. Y si la tal Marianne trabajaba en un club nocturno todavía debía de estar en el apartamento. Quizás estaba a punto de salir, si tenía costumbre de cenar fuera antes de ir a trabajar, pero había muchas probabilidades de encontrarla.

Tal vez lo lograse si se daba prisa y no se entretenía

absolutamente con ningún otro asunto.

Lo primero era lo primero.

Eran las ocho menos veintidós minutos cuando Olaf Svenson se detenía ante la puerta del apartamento 407 del Star Building, en el 555 de Adderley Street, en el centro de Ciudad del Cabo. Según constaba en los buzones para la correspondencia instalados en el vestíbulo del edificio, en aquel apartamento vivía la señorita Marianne Fenwick.

Svenson aplicó el oído a la madera, y durante unos segundos estuvo escuchando la música que sonaba dentro del apartamento. Una de esas músicas de uno de esos grupos capaces de volver loco a cualquiera a menos que sea adicto al estrépito.

Tras sonreír gélidamente, Olaf Svenson introdujo el llavín en la cerradura, hizo girar ésta suavemente, abrió, y entró. Cerró enseguida tras él, y sin vacilar se dirigió hacia el interior del apartamento. Se detuvo junto a la entrada al salón, donde sonaba la música. Despacio, asomó la cabeza. Lo primero que vio fueron los aparatos de la cadena musical para *compact disc*, sobre una mesita de cristal muy baja. Al lado había un macetón con una planta preciosa, de intenso verdor. Más muebles, una puerta, un sillón, un sofá…

En el sofá estaba la mujer. Una rubia apenas cubierta con un corto albornoz azul, mostrando casi completamente los senos, con las piernas recogidas, el cabello cayéndole de modo que le ocultaba el rostro, y totalmente absorta en la tarea de pintarse las uñas de los pies.

De nuevo sonrió Svenson. Entró, se quedó plantado en el umbral mirando a la mujer rubia, y casi rió cuando, de pronto, ésta alzó la cabeza y miró hacia él, evidentemente sobresaltada; tal fue el sobresalto que la pequeña botellita de laca escapó de su mano y cayó sobre la alfombra, manchándola.

En un instante, el rostro de la rubia mostró una variada gama de expresiones: tras el inicial y brevísimo sobresalto, hubo enseguida una gran sorpresa, y sin transición en sus bonitas facciones apareció el temor. Tras esto, pareció que fuese a decir algo, pero no llegó a hacerlo, en parte porque no podía y en parte porque optó por obedecer el gesto de silencio que hizo Svenson colocando un dedo

sobre sus labios.

El asesino se acercó a la cadena musical, y redujo el volumen del sonido, sin dejar de mirar a la rubia, que era muy bonita, de labios gordezuelos, ojos oscuros y una graciosa nariz respingona, de muñequita encantadora. Quizás estaba ya cercana a los treinta, pero su belleza resultaba indudablemente apetitosa.

—¿Qui-quién es usted? —pudo hablar por fin la rubia.

—Un amigo de Mike. ¿Tú eres Marianne?

La rubia asintió. Sus ojos estaban muy abiertos. Estaba muy asustada. Mucho. Y no se había tranquilizado en absoluto al oír que aquel desconocido era amigo de Mike. Tuvo que tragar saliva y hacer un visible esfuerzo para poder seguir hablando.

—¿Dónde… dónde está Mike? —inquirió, con voz aguda.

—Ha tenido un pequeño problema. Me ha entregado la llave para que viniera a verte —mostró el llavín de oro—… Espero que esto te convenza de que me envía él.

Marianne asintió, pero estaba clarísimo que seguía asustada. No obstante lo cual, preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a Mike? ¿Dónde está?

—En lugar seguro. ¿No te lo dijo por teléfono desde Port Elizabeth?

—No… Nunca me llama cuando sale de la ciudad, así que nunca… nunca sé por dónde anda ni qué está haciendo.

—¿Quieres decir que nunca te dice adónde va ni los motivos por los que viaja?

—No. Nunca.

—¿Ni siquiera esta última vez?

—Ya le he dicho que nunca.

—¿Seguro? ¿Y seguro que a tu vez tú no has hablado a nadie del viaje de Mike ni de su trabajo?

—Ni siquiera… ni siquiera sé cuál es su trabajo exactamente… ¿Quién es usted, qué… qué ha venido a decirme de parte de Mike?

Olaf Svenson sonrió una vez más. Introdujo la mano derecha bajo su axila izquierda, se dispuso a sacar la pistola…, y entonces, por la puerta que daba al pasillo de los dormitorios, apareció otra mujer, empuñando una pequeña pistola, con la que apuntó al rostro de Svenson con una firmeza digna de una batería de costa.

La recién aparecida no dijo ni palabra. Simplemente, apareció, le

miró y le mantuvo apuntado.

Y tal vez fue esto lo que hizo desistir a Svenson de su intención de terminar de desenfundar su pistola: la tranquila actitud de la desconocida, la serenidad de todo su gesto, la implacable fijeza de sus grandes ojos azules escrutándole. Sus largos cabellos negros tenían reflejos azules. Debía de medir metro setenta y cinco, era hermosa como nadie había visto anteriormente en su vida Olaf Svenson, y su cuerpo era de una belleza espléndida y elástica, de una elegancia fuera de lo corriente.

—Retire la mano de ahí y diga quién es —dijo suavemente la espléndida morena.

Olaf se pasó la lengua por los labios, retiró la mano de las proximidades de su pistola, y murmuró:

—Me llamo Olaf Svenson… Soy amigo de Mike.

—Tal vez sea amigo de Mike, pero evidentemente no lo es de Marianne. ¿Por qué quería matarla? ¿Se lo ha encargado Mike?

—Sí… Sí.

Marianne lanzó una exclamación, se llevó las manos al rostro y se encogió en el sofá. La morena dijo, despectivamente:

—Mentira. Le diré lo que ha ocurrido: usted ha eliminado a Mike Stenbeck, y ahora quería eliminar a Marianne. Tenía que cortar cualquier pista iniciada con Stenbeck que pudiera comprometer a la persona que le había contratado…, y que naturalmente es la misma persona para la que trabaja usted. ¿Le llamó Stenbeck pidiéndole ayuda?

Svenson sintió un lento y hondo escalofrío que pareció empapar todo su cuerpo.

A cada instante que transcurría, la mirada azul de la desconocida parecía alcanzar mayores y más completas profundidades de su retorcida mente. Era una sensación jamás antes experimentada por Svenson, tan intensa, tan absolutamente implacable y cruel que el asesino sintió como si en su estómago se estuviera formando una bola de hielo.

De repente, la morena de los ojos azules bajó su pistola, y disparó. Svenson sintió el leve golpecito de la bala en su rodilla derecha, y acto seguido el tremendo calambre de dolor llegó a su cerebro. De su boca brotó un bramido sordo, se ladeó, y cayó de costado al suelo, llevándose las manos a la rodilla herida. Sus ojos,

empero, ahora desorbitados, permanecían fijos en la morena, que insistió, sin alterarse:

—¿Le llamó Stenbeck pidiéndole ayuda?

—Sí —jadeó Svenson—… ¡Sí, sí!

—¿Desde dónde?

—Desde Port Elizabeth.

—O sea, que aterrizó allí con la avioneta que utilizó en Nigeria.

—¿Quién es usted? —indagó Svenson.

—Tal vez Stenbeck le hablara de mí…, aunque supongo que en absoluto de un modo cariñoso, y ni siquiera amistoso. Lo último que me dijo, cuando se marchó de Nigeria, fue «¡te encontraré, vieja puta de mierda!». ¿Le suena eso, Svenson?

El asesino tragó saliva. Creía entender, pero, claro está, no podía ser cierto lo que él creía entender, porque aquella hermosísima mujer de ojos azules no tenía nada de vieja…

—¿Por qué fue Stenbeck a Port Elizabeth? ¿Es allá donde está el jefe de ustedes?

Olaf Svenson permaneció en silencio, mirando fascinado a aquella mujer que, simplemente, le parecía de otro planeta. Era el pasmo de la vida del asesino, que jamás había conocido a una persona de tan alta calidad y que no sólo no le tenía miedo a él, sino que era él quien se sentía tan impresionado que no acertaba a reaccionar.

Ella seguía mirándole, ahora con irónica dureza. De pronto, sacó de un pliegue de su vestido una pequeña radio y la accionó:

—¡Sí, diga! —Resonó enseguida la voz de un hombre—. ¿Es usted?

—¿Esperaba la llamada de alguna otra persona por este conducto? —preguntó amablemente la morena.

—No… Bueno, claro que no. ¿Qué ha pasado con Svenson?

—Por el momento, nada especial. Ustedes me alarmaron tanto cuando hace unos minutos me llamaron para advertirme su llegada, que pensé que era un titán invencible. Sin embargo, lo tengo controlado.

—¡No se confíe ni un instante! Cuando lo vimos aparecer en lugar de Stenbeck estuvimos a punto de impedirle que subiese al apartamento… ¡No se descuide, es una mala bestia peor que Stenbeck!

—Tranquilícese. Pero envíeme a dos Simones: tenemos que sacar de aquí a Svenson y llevarlo a un lugar tranquilo donde podamos conversar… Parece que él tiene intenciones de negarse a hacerlo.

—Oh, eso ya lo arreglaremos —sonó fría y despectiva la voz de Simón-Ciudad del Cabo—… Le envío dos muchachos. ¡No le quite el ojo de encima a Svenson!

Baby asintió, cortó la comunicación, y guardó la radio. Miró a Marianne, que la miraba tan fascinada como Svenson.

—Cuando nosotros nos marchemos, márchese usted. Y no le diga absolutamente a nadie adónde se dirige. Cuanto más lejos, mejor, y no se le ocurra volver jamás a Sudáfrica, e incluso, manténgase lejos del continente africano. Le he dado dinero suficiente para que se instale en cualquier lugar. Si no me obedece, recuerde: lo que le ocurra será culpa suya. ¿Alguna duda?

—No… No. Entonces… ¿es verdad que Mike ha muerto?

—Sí. Vaya a preparar su equipaje. Y gracias por colaborar, Marianne.

Ésta miró a Svenson, de nuevo a Baby, y asintió. Abandonó el salón. Sentado en el suelo, olvidado de su dolor, Olaf Svenson estaba pensando en lo realmente peligroso de su situación. No sólo estaba controlado por la morena, sino que ésta disponía de ayuda masculina, que pronto aparecería en el apartamento. Igual que le había ocurrido a Stenbeck en Nigeria le estaba ocurriendo a él en Sudáfrica. ¡La maldita vieja…!

Tenía que matarla antes de que llegasen sus amigos, era así de simple.

—¿No va a permitirme que me vende la rodilla? —Gruñó.

—Hágalo. Pero antes colóquese de espaldas a mí, saque la pistola muy despacio y utilizando sólo dos dedos, y aléjela de usted deslizándola por el suelo.

Olaf Svenson obedeció. Dos hombres estaban acudiendo para ayudar a la morena. Tenía que darse prisa… Consiguió ponerse en pie, simulando que apenas podía sostenerse, dando un traspié que le llevó a detenerse apenas a dos metros de Baby.

—No puedo… caminar… ¡Me duele mucho! —jadeó Svenson.

—Zambomba, no sabe cuánto lo siento —dijo simpáticamente la espía americana—. Pero tal como están las cosas será mejor que se vaya acostumbrando al dolor, pues le esperan muy malos ratos…, a

menos que me hable de su jefe. Usted me comprende, ¿verdad?

—Bueno, podríamos… podríamos llegar a un acuerdo si usted me garantizase que…

De repente, Olaf Svenson saltó contra Baby, convencido de que había conseguido distraerla lo suficiente y que iba a sorprenderla, que le iba a resultar facilísimo degollarla con la navaja que desde su manga izquierda se había deslizado hasta la mano. La había colocado allí por si tenía dificultades con Mike Stenbeck, pero ahora le iba a servir para salir de aquel apuro…

Pero los sueños, sueños son, y la realidad siempre se impone.

Una realidad que fue muy dura para Olaf Svenson: la bellísima morena, que parecía esperar su reacción desde hacía siglos, no sólo no utilizó su pistola para defenderse, sino que ni siquiera se inmutó al ver de pronto la reluciente navaja en la mano de Svenson. Todo lo que hizo fue dar un paso al encuentro de éste, desviar con el brazo izquierdo y muy suavemente el tremendo corte que Svenson pretendía hacerle en el cuello, y acto seguido, con la base de la culata de la pistola le golpeó en plena nariz. Svenson lanzó un bramido de rabia, apretó los dientes para contener el dolor de su rodilla y seguir en pie, e insistió en degollar a la espía más peligrosa del mundo.

Ésta no sólo paró el golpe esta vez, sino que sujetó la mano armada del asesino, hizo girar su brazo, y con una presión bajo su codo, se lo partió, utilizando la llave de judo *giaku tebuki*. Svenson lanzó otro bramido, palideció al tiempo que soltaba la navaja, y cayó de rodillas al soltarlo la espía americana. El pie derecho de ésta impactó, de punta, en la sien izquierda del asesino, que puso los ojos en blanco y se desplomó sin sentido, todavía expeliendo un chorro de sangre por su rota nariz.

—Todas las cosas tienen su lado positivo —dijo en voz alta la espía más linda del mundo—: hacía tiempo que no realizaba un entrenamiento tan completo.

Capítulo VI

Finalmente, Olaf Svenson hizo lo que tenía que haber hecho desde el principio, es decir, informó a la CIA de todo cuanto sabía…, que era muy poco, en realidad: él solamente conocía a Charles Van Derko, y no tenía ni idea de para qué podía querer este sujeto un virus que afectase solamente a la raza negra, lo cual seguía poniéndose en evidencia en Camerún, donde en la zona afectada por los virus que transportaba la avioneta de la Chimica Italiana solamente seguían muriendo personas de raza negra.

—Pero en mi opinión, la cosa está clara —dijo Simón-Ciudad del Cabo—: ¿para qué los va a querer sino para exterminar a todos los negros de la República Sudafricana? Se está gestionando la liberación de Willy Mandela, todo parece indicar que aunque con dificultades, los negros van ganando posiciones en la vida normal de Sudáfrica, y además cuentan con el respaldo de muchos países y de todos cuantos respeten los Derechos Humanos… Todo esto tiene que hacer comprender a cualquiera que, no tardando mucho, los negros tendrán en Sudáfrica prácticamente los mismos derechos y privilegios que los blancos. Y eso, al parecer, no le gusta al tal Charles Van Derko, así que ha buscado el modo de cargarse a todos los negros de su país y si es necesario de toda África. En definitiva: uno de esos fanáticos racistas que abundan en la República Sudafricana.

—Pero un racista rico —murmuró Baby—. Alquila material, armas, hombres, expertos en química que le fabrican virus… Tenemos que encontrar a ese sujeto cuanto antes.

Mas… ¿quién era Van Derko y dónde se le podía encontrar?

La respuesta de Olaf Svenson tampoco era demasiado aclaratoria: Charles Van Derko era, al parecer, un socio del White Water Tennis Club, un club privado situado cerca del mar, a unos quince quilómetros al este de Ciudad del Cabo.

—¿Cómo se comunica usted con él? —inquirió Baby.

—Él se comunica conmigo. Cuando me necesita me deja el recado en el contestador automático del teléfono de mi apartamento, y como yo lo escucho cada noche, sólo tengo que acudir al club de tenis cuando me lo ordena. Conversamos cerca del club, dentro de mi coche, y eso es todo. Él se va luego hacia el club y yo me ocupo en cumplir sus órdenes.

Pero lo más insólito, lo más extraordinario de Charles Van Derko era su modo de presentarse ante Svenson:

—Pretende hacerse pasar por negro —explicó el asesino—, pero es blanco.

—Explique eso —exigió Baby.

—Bueno, tiene los ojos verdes y el cabello rubio, pero para encontrarse conmigo se tizna la cara de negro y se pone guantes negros… Si se tiñera los cabellos y se los rizase sí podría pasar por negro, pero con los cabellos rubios y lacios y los ojos verdes no puede engañar a nadie.

—No —murmuró la espía americana—, pero es un disfraz muy eficaz. ¿O cree que usted podría identificar a Van Derko si lo viese con su verdadero aspecto?

—Me parece que no —negó Svenson tras reflexionar brevemente.

A partir de ese momento, la agente Baby impartió una serie de órdenes que fueron llevadas a cabo por sus compañeros de la CIA a la mayor celeridad: se pasó aviso a Port Elizabeth para que dos agentes residentes en esa ciudad vigilaran la avioneta roja y blanca que Stenbeck había dejado allí; dos agentes de Ciudad del Cabo fueron enviados al White Water Tennis Club para que indagasen con absoluta discreción respecto a la personalidad y paradero de Charles Van Derko; otros tres Simones fueron al apartamento de Svenson, y dos de ellos se quedaron a la espera de alguna posible llamada por parte de Charles Van Derko a Svenson; el tercero regresó a la station de la CIA donde se mantenía prisionero a Svenson, y entregó a Baby la cinta donde había grabados algunos mensajes de Van Derko para Svenson, el último de ellos referente a lo que se tenía que hacer con Mike Stenbeck…

—Ésta no es su voz natural —dijo Baby, tras escuchar varias veces la cinta grabada—; la está desfigurando. ¿También la

desfigura cuando se entrevistan ustedes personalmente?

—Yo siempre le oigo la misma voz —murmuró Svenson, que parecía al borde del desmayo—... ¿Cuándo va a venir un médico?

—¿Para qué lo quiere?

El mercenario miró atónito a la espía. Tenía rota la nariz y un brazo, destrozada una rodilla, y antes de claudicar había sido tan estúpido de resistirse, de modo que un par de Simones le habían partido varios dientes y los pómulos a golpes de pistola... Estaba como roto, y lleno de sangre. Verlo producía espanto y pena a la vez.

—¿Que para qué lo quiero? —jadeó—. ¡Para que me cure las heridas!

—No vale la pena —replicó la espía americana, haciendo un gesto a un joven Simón—... Sáquelo de aquí, mátelo, y tire su cadáver a un vertedero de basuras, junto con el de su «amigo» Mike Stenbeck que encontramos en el maletero de su coche.

El agente de la CIA se quedó mirando a Baby todavía más aterrado que el propio Olaf Svenson, cuyo rostro se había demudado.

Ninguno de los dos pudo reaccionar. Simón-Ciudad del Cabo y un par más de agentes, todos ellos veteranos, miraban con irónica simpatía al joven agente encargado de cumplir la orden de la espía más implacable del mundo, que insistió:

—¿No me ha oído, jovencito?

—Bueno... Sí, pe-pero... matarlo así...

—Cuando usted trabaje para la CIA en cosas de la CIA, obedezca a la CIA. Cuando colabore con la agente Baby tome nota de que mis órdenes no sólo son indiscutibles, sino diferentes: yo no permito nunca que los depredadores y verdugos de la humanidad permanezcan con vida. ¿Me ha entendido?

—Sí... Sí, desde luego.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer.

El joven Simón asintió, agarró a Svenson por la ropa del cuello, y lo arrastró hacia la salida de la sala. Svenson, que tuvo que admitir finalmente que lo que sucedía era una realidad, que aquella mujer acababa de dictar su sentencia de muerte y que ésta iba a ser cumplida, comenzó a chillar y berrear como un cerdo al que están sacrificando. Simón-Ciudad del Cabo se acercó a él, y lo hizo callar

de un bestial puntapié en el hígado que dejó sin conocimiento al criminal.

Baby echó un vistazo a su relojito de pulsera, y movió la cabeza con un gesto de conmiseración hacia sí misma.

—Estoy muy cansada —murmuró—. Despiértenme sólo si obtenemos alguna novedad.

Se fue al dormitorio grande, entró en el cuarto de baño anexo, y, ante el espejo, procedió a quitarse las cejas postizas, los pequeños aros de plástico que habían deformado su nariz, las almohadillas de espuma de nylon que habían deformado sus mejillas y la forma de sus labios, y, por último, las lentillas de contacto de color azul pero diferente al de sus ojos, y algo más grandes… Una caracterización muy discreta, pero suficiente para que la morena de los ojos azules no pudiera ser identificada como la periodista Brigitte Montfort.

Un minuto más tarde, la agente Baby dormía profundamente.

A las nueve de la mañana, la agente Baby había desayunado, estaba dispuesta a todo, y había sido informada de lo siguiente: la avioneta roja y blanca que había estado utilizando Mike Stenbeck permanecía bajo control en el aeropuerto de Port Elizabeth, y el último propietario que habían conseguido rastrear era un hombre llamado Milton Harvey, el cual, naturalmente, estaba siendo buscado por la CIA; Charles Van Derko no había llamado aquella noche a Olaf Svenson; éste había sido ejecutado y, en efecto, tirado a un vertedero de basuras no muy alejado de Ciudad del Cabo, por supuesto en compañía del cadáver de su «amigo» Stenbeck; desde Lagos, Nigeria, habían informado que el italiano Bruno Santorini estaba grave, pero, en opinión del médico que cuidaba de él día y noche, no iba a morir; en el White Water Tennis Club no constaba en parte alguna el nombre de Charles Van Derko; la señorita Marianne Fenwick había partido aquella misma mañana, a las ocho cuarenta, en un vuelo hacia Europa con dos escalas en el continente africano.

A las once y media de la mañana, una bella muchacha rubia llegaba en taxi al White Water Tennis Club, donde el portero la interceptó en su decidida marcha hacia las instalaciones del club. Una simpática explicación respecto a la búsqueda de un amigo, y una propina tan encantadora como la propia rubia, resolvieron el

problema, y un minuto más tarde, tras recorrer los senderos flanqueados por pistas de tenis, la rubia llegaba a la terraza del bar-restaurante de la entidad deportiva. Tras mirar a su alrededor como encantada de la vida, la rubia se sentó a pleno sol ante una mesita redonda, puso sobre ésta su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y de éste sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno, expelió el humo con gracioso gesto, y miró no poco complacida a su alrededor.

La vida era hermosa.

Sol, mar, jardines bien cuidados, pistas de tenis con hermosos jóvenes y atractivos caballeros maduros, deliciosas jovencitas tostadas por el sol, y, por si esto fuera poco, el mar intensamente azul y sobre él algunas gaviotas inspeccionando sus dominios. Al fondo de los terrenos del club, en la costa, se había habilitado un pequeño embarcadero en el que flotaban dulcemente varios yates.

Sí señor, la vida es hermosa…, para algunos pocos.

El camarero era negro, fuerte, feo y simpático. Y además, tan sólo con observar sus ojos, la rubia captó en el acto que era inteligente. Pidió un refresco, y enseguida preguntó:

—¿Sabe usted si el señor Van Derko está jugando en alguna pista?

—No conozco a ningún señor Van Derko, señorita.

—¿No? ¿No conoce a Charles Van Derko? Bueno, pero yo sé que él es socio del club… Quizás usted no conoce a todos los socios.

—Creo que sí los conozco a todos, pero si lo desea puedo pedir que lo busquen entre los últimos admitidos.

—Se lo agradecería mucho.

Casi cinco minutos más tarde el camarero regresó con el refresco y con el informe de que, tal como él había supuesto, no había en el club ningún socio llamado Van Derko. Para entonces, Baby ya había tenido una inspiración, así que preguntó:

—¿Y el señor Harvey? Milton Harvey.

—Milton Harvey —murmuró el negro—… También me interesaré por él. Si no vengo dentro de cinco minutos será porque tampoco podré informarle sobre ese caballero.

—Es usted muy amable, muchas gracias.

Cinco minutos más tarde, el camarero no había regresado. Ni diez minutos más tarde. Ni veinte. Ni treinta. De modo que la bella

rubia, simplemente, se dedicó a tomar el sol y a fumar después de terminar su refresco…

Era más tarde de las doce y media cuando, procedente del pequeño embarcadero de yates, vio llegar a un sujeto rubio, alto, apuesto y vestido como un prototipo de *yachtman*: pantalón blanco, *blasier* azul, gorra blanca y azul… Se quitó la gorra cuando estuvo ante la rubia, y sonrió de un modo virilmente encantador.

—Buenos días, señorita. Entiendo que me está usted buscando.

—¿Es usted Charles Van Derko? —murmuró Baby.

—No. Soy Milton Harvey.

—Ya comprendo. ¿Le envía el señor Van Derko?

—No conozco a ese señor Van Derko.

—Ah… Por favor, siéntese, señor Harvey.

—La verdad es que nada más verla ya se me ha ocurrido una idea bastante mejor —sonrió Harvey—: me agradaría que aceptase tomar el aperitivo en mi yate.

—Oh, sí… ¡Estupendo! ¡Me encanta el mar!

Abrió su maletín, del cual sacó un pequeño monedero, dispuesta a dejar dinero sobre la mesa, pero Milton Harvey se lo impidió con un gesto.

—Por favor… Es usted mi invitada.

—Muchas gracias. Bueno, pues… ¡cuando usted guste!

Harvey miró al camarero, le hizo comprender con un gesto que cargase en su cuenta el refresco de la rubia, y miró a ésta, señalando con elegante gesto hacia el embarcadero. Para cuando llegaron a éste, Baby había contado ya doce yates. Es decir, ocho lanchas grandes y cuatro verdaderos yates, no inferiores a los veinte metros de eslora. Harvey señaló uno de los grandes, en cuya proa blanca como espuma de mar destacaba en verde claro el nombre:

Plancton.

Sobre el terreno rocoso, un entarimado de gruesos tablones servía de desigual plataforma a distintos niveles para acceder a los diferentes puntos de amarre. Muy amablemente, Harvey tomó de un brazo a su invitada, como si temiera que ésta no pudiera sostener el equilibrio sobre los altos tacones de sus zapatos.

En la cubierta del yate había dos marineros, que contemplaron inexpresivamente a la rubia. Harvey la guió hacia el interior del yate. Cuando llegaron al salón, lo primero que vio Baby fue al negro

de ojos verdes y rubios cabellos sentado en una de las butacas, y en el acto comprendió que se hallaba ante el mismísimo Charles Van Derko. En aquel mismo instante hubo una leve trepidación en el yate: acababan de ser puestos en marcha sus motores. Es decir, que se disponían a zarpar.

Baby observó las facciones del negro, y, en efecto, se dio cuenta de que llevaba maquillaje; también llevaba guantes negros; en cuanto a sus rubios cabellos, la experta mirada de la espía captó algo que, al parecer, no había captado Olaf Svenson: era una peluca.

—Yo soy Charles Van Derko —dijo el negro con extraña voz como resonante—. ¿Quién es usted y por qué me busca? ¡Y no me venga con estúpidas mentiras!

La rubia apretó los labios, y eso fue todo. El negro alzó las cejas con gesto casi divertido, y Milton Harvey le quitó el maletín a la espía, depositándolo sobre una mesita y abriéndolo sin problemas.

Baby miró uno a uno a los otros tres personajes presentes, todos ellos de raza blanca, todos con aspecto saludable, próspero… Dos de ellos tenían alrededor de cuarenta años, el tercero unos sesenta. Cuatro blancos reunidos en un yate con un negro… que, sin la menor duda, era quien daba las órdenes allí. Chocante. ¿Quién se iba a creer semejante cosa?

—Lleva una pistola —mostró Harvey el arma de Baby—, y un pasaporte a nombre de Galina Cherkova, ciudadana de la Unión Soviética. No hay nada más que sea interesante.

—¿Rusa? —Charles Van Derko estaba en verdad tan sorprendido como los otros tres—. ¿Rusa? ¿Es usted rusa? ¿Y qué pinta Rusia en todo esto?

De nuevo apretó los labios la rubia. El yate se estaba apartando del embarcadero, virando para enfilar el mar abierto. Se veía el refulgente cielo azul por el ventanal corrido del salón del yate, a nivel de la cubierta.

—No sea tonta —dijo Harvey, amablemente—: tarde o temprano contestará a las preguntas de Charlie, así que ahórrese malos ratos.

—Soy agente de la KGB. Neko Tarambo trabajaba para nosotros. Nos había informado que pronto podría ofrecernos algo muy interesante, así que me enviaron a Nigeria especialmente para contactar con él. Cuando llegué ya había escapado con la avioneta

de la Chimica Italiana, según pude saber.

—Nos deja usted atónitos —dijo con su extraña voz Van Derko, por cuyo rostro el calor hacía deslizarse el negro maquillaje—… Según nos informó Mike Stenbeck en su último mensaje por radio desde Nigeria, Neko Tarambo era un idealista que había robado los virus celestiales para entregarlos a alguna autoridad, o a alguien de la propia Chimica Italiana, con el fin de demostrar que el químico Silvio Ferraro y sus colaboradores Ogomo y Sineko habían fabricado clandestinamente esos virus. La última conclusión que obtuvo Stenbeck tras su última conversación con Ferraro fue que Tarambo no había tenido tiempo de avisar a nadie, y que su intención, como le he dicho, era apropiarse de los virus para hacer la denuncia a quien fuese… Lo de la intervención de ese Bruno Santorini, por tanto, no fue debido a que Tarambo hubiera tenido tiempo de avisar a la Chimica de Milán, sino una idea y decisión de la Chimica o del propio Santorini tras el accidente de la avioneta. Y ahora nos sale usted con que es una agente de la KGB y que Tarambo no era un idealista, sino un vulgar ladronzuelo vendido al mejor postor.

—La vida tiene estas sorpresas…, e incluso otras mayores.

—Ya —sonrió siniestramente Van Derko, cuyos verdes ojos parecían como absurdas luces de semáforo—… En fin, como quiera que Stenbeck no tenía ni idea de dónde encontrarme, pero Svenson sí sabía lo del club de tenis, debo interpretar que usted ha conseguido esta pista por medio de Svenson, así que… ¿puede decirme qué ha sido de él?

—Svenson asesinó a Stenbeck. Yo asesiné a Svenson. Los dos están ahora en un vertedero de basuras.

—Muy apropiado —Charles Van Derko sonrió ahora abiertamente, mostrando una magnífica dentadura blanquísima—. En cambio, eso no sería apropiado para usted, señorita Cherkova. Usted merece una tumba mucho más… aséptica y agradable.

—¿El mar, por ejemplo? —propuso la espía.

—¿Le disgustaría?

—Ni mucho menos. Precisamente, tengo solicitado que a mi muerte se incinere mi cadáver y mis cenizas sean arrojadas al mar. Al Mar de Aral, desde luego, que es el único mar enteramente ruso.

—El Mar de Azov también lo es.

—No, porque sus aguas son las mismas que las del Mar Negro, y

el Mar Negro tiene costas que no son rusas.

—Entiendo. Digamos que es usted… tremendamente rusa.

—Sí. Lo cual no les va a impresionar en absoluto a la hora de matarme y tirarme al mar, ¿verdad?

—Lamentablemente, tiene usted razón. Y créame que lo siento, porque me está sorprendiendo muy gratamente con su… simpática conversación y su gran control personal.

—¿Mi belleza no le impresiona?

—La belleza física es mucho más abundante y vulgar que la belleza intelectual y moral que percibo en usted. Podría encontrar muchas mujeres cuya belleza física fuera más o menos aproximada a la suya, pero estoy seguro de que hay muy pocas que tengan su belleza moral e intelectual.

—¿Y espiritual no?

—Una belleza moral e intelectual como la de usted siempre tiene como respaldo un espíritu selecto, eso es elemental. Los espíritus degradados o no evolucionados no pueden ser el soporte de una personalidad como la de usted.

—¿Sabe, señor Van Derko?: ¡me encanta conversar con usted!

—Es comprensible, porque los dos estamos a un nivel poco corriente en lo intelectual innato. Nos comprendemos bien. Sin embargo, y le aseguro que lamentándolo mucho, no tengo más remedio que eliminarla, pues no deseo que pueda… seguir molestándome en el futuro, y pasar información a otras personas para que me molesten y hasta quizá me acosen. Tengo algo muy importante que hacer antes de morir, una labor que todavía requiere algo de tiempo…, y no deseo ser privado de ese tiempo. Usted me comprende, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Es algo relacionado con los virus… celestiales?

—¿Se da cuenta? Se me ha escapado una sola vez esa expresión de «virus celestiales», pero usted no la ha pasado por alto. Es una adversaria a la que sólo un cretino desdeñaría, señorita Cherkova.

—Muy amable. Me pregunto si antes de eliminarme no querría usted decirme qué significa eso de «virus celestiales». La verdad es que si se refiere a los virus que me imagino, como los que usted encargó a Silvio Ferraro por medio de Stenbeck o de Svenson, sólo sirven para causar la muerte, así que… ¿cómo pueden ser llamados «celestiales» unos virus asesinos?

—Oh, sólo matarían gente de raza negra. Esos virus fueron concebidos y fabricados para que afectasen solamente la piel negra, debido a su especial pigmentación.

—Entonces… ¿no fue una casualidad? ¿Fue algo premeditado, un virus de fórmula especial que usted encargó fabricar para tener un arma con la que exterminar masivamente a la población negra de África?

—De África y del resto del planeta. Sí, el virus celestial fue concebido por mí con ese único objetivo: hacer desaparecer la raza negra de la faz de la Tierra. No importa que Ferraro haya muerto: buscaré otro químico de su talento, e incluso superior, que vuelva a fabricar esos virus cuya fórmula inicial me fue enviada oportunamente. Dentro de un tiempo fabricaremos la suficiente cantidad de virus para que sea exterminada la raza negra. Completamente, absolutamente, definitivamente exterminada.

—¿Y por qué hace eso? —Murmuró Brigitte—. ¿Tanto odia a los negros?

—Estoy totalmente convencido de su gran inteligencia, señorita Cherkova, pero mi explicación quizá le resultaría… un tanto difícil de comprender.

—Yo puedo comprender todo cuanto me sea explicado correctamente —aseguró Baby.

—Hay cuestiones que escapan a las mentes que funcionan en niveles que podríamos llamar «de normalidad». La mente de usted es de esas mentes normales. Muy lúcida, muy ágil, muy inteligente…, pero normal. Mi mente, en cambio, ha sobrepasado muchas limitaciones. Por tanto, vamos a dar por terminada esta conversación. Yo desembarcaré dentro de un par de minutos, y usted… también, pero de otro modo. Lo lamento.

—¿No quiere decirme por qué ese nombre de «celestial» para unos virus asesinos?

—¿Me creería usted si le dijera que los negros estarán mejor muertos que vivos?

Brigitte Baby Montfort, alias Baby, alias Maria Piamonte, alias Galina Cherkova, se quedó mirando fijamente al insólito personaje de rubios cabellos, ojos espectacularmente verdes, guantes negros, y piel maquillada de negro.

La mejor espía del mundo supo de pronto, con toda seguridad,

que existía algo totalmente inusual en los planes de Charles Van Derko, pero, simplemente, no se le ocurrió qué podía ser.

—¿Se da cuenta? —dijo el negro rubio—. Ni siquiera sabe contestar…, o no se atreve a hacerlo de modo convencional. En fin, eso es todo. Matadla ya y…

—No hay prisa —dijo Milton Harvey, sonriendo—. Tú puedes desembarcar donde te hemos recogido antes, pero nosotros seguiremos navegando mar adentro y no regresaremos hasta la noche… O quizá mañana. La camarada rusa es demasiado hermosa para privarnos de ella de un modo tan… drástico. Sería todo un desperdicio.

Brigitte comprendió en el acto de qué estaba hablando Harvey tan sólo con ver su expresión y las de los otros tres personajes blancos. Charles Van Derko quizá tardó un segundo más, y no pudo evitar un cierto gesto de desagrado, pero se puso en pie diciendo:

—Tened cuidado con ella. Si es una espía, y ha sido capaz de matar a Olaf, no cabe duda de que es peligrosa. Sería mejor que…

—No te preocupes —cortó secamente otro de los presentes—: sabremos cómo hacer las cosas sin tu ayuda, Charlie.

—De acuerdo.

Charles Van Derko dirigió una última mirada a Baby, apretó un instante los labios, y se dirigió a la cubierta. Milton Harvey apuntaba a Baby con la pistolita de cachas de madreperla, y, por otra parte, era evidente que aquellos personajes se consideraban más que suficiente para controlar a su gusto a una mujer, con armas o sin armas…

Los motores del yate dejaron de oírse. La embarcación se deslizó al poco en silencio, salvo el rumor de las aguas contra el casco. Finalmente, se detuvo. Brigitte divisó unas rocas por el ventanal. Oyó unas breves voces. Luego, de nuevo los motores. Por el ventanal volvió a divisarse solamente el azul del cielo. El yate navegaba mar adentro.

—Muy bien —dijo Harvey—… Ya puedes desnudarte, cariño.

Capítulo VII

La rubia sonrió al oír estas palabras, y acto seguido movió la cabeza con un gesto apenado, y dijo:

—Es deprimente observar que los granujas son iguales en todo el mundo, y tan granujas si tienen dinero como si son unos pobres diablos.

Los tres amigos de Harvey se quedaron mirando hoscamente a la rubia, pero el anfitrión de ésta sonrió burlonamente e inquirió:

—¿Nos está llamando granujas, o pobres diablos?

—Las dos cosas, señor Harvey. Aunque ni siquiera llegan a granujas: son solamente unos vulgares sinvergüenzas de medio pelo. No me sorprende que Van Derko sea su jefe: está muy por encima de ustedes…, aunque tengo el pálpito de que son ustedes los que están poniendo el dinero para esta operación. Digamos que ustedes gobiernan a Van Derko con su dinero, pero sin la menor duda él tiene una jerarquía mental sobre ustedes.

—Me parece —sonrió ferozmente uno de los sujetos más jóvenes — que usted no tiene bastante con que la violen: además, debe de gustarle que la maltraten.

Ella lo miró, como realmente pasmada, y, de pronto, se echó a reír. El sujeto que había hablado se sonrojó de rabia, y se puso en pie impetuosamente, casi saltando hacia Baby. Se colocó ante ésta, alzó el brazo para abofetearla…, y recibió en plenos testículos un puntapié que lo fulminó sin sentido.

Milton Harvey y los otros dos lanzaron exclamaciones de sobresalto, y acto seguido Harvey apuntó a Brigitte con su propia pistola y disparó. No se produjo disparo alguno. Pero mientras tanto, el otro sujeto joven arremetía ya contra Brigitte, con un ímpetu terrible. Baby lo esperó sin inmutarse, y cuando el hombre lanzaba el primer golpe contra ella se inclinó, colocándose de costado con respecto a él.

Vencido por la fuerza del golpe, el hombre cayó hacia delante…, y allí lo estaba esperando la espía más peligrosa del mundo, con las piernas flexionadas; introdujo el hombro y el brazo derecho entre las piernas del agresor, agarró su manga derecha con la mano izquierda, y se irguió enérgicamente y con leve balanceo, en una perfecta ejecución de la proyección kata guruma de judo. El hombre lanzó un chillido al salir disparado como por una catapulta, y, manoteando desesperadamente en el aire, fue a estrellarse de cabeza contra un tabique, desde donde cayó al suelo desvanecido.

En ese momento, Harvey golpeaba a Brigitte con la pistola en la cabeza… Es decir, eso fue lo que intentó, pero sólo encontró el vacío ante él, perdió el equilibrio hacia delante, y recibió en plena nariz el tremendo *ude atemi*, es decir, el feroz golpe propinado por la espía con el codo derecho. La nariz de Harvey crujió, reventó en un surtidor de sangre, y el sujeto cayó de rodillas, con expresión estupefacta. Un puntapié en el hígado casi lo mató. Cayó de bruces, lívido como si realmente estuviera muerto.

Brigitte se inclinó, recogió su pistola, y miró al hombre de más edad, que permanecía inmóvil en su asiento, demudado el rostro, desorbitados los ojos por la incredulidad y el espanto. La espía accionó un secreto y diminuto resorte lateral de su pistola, y miró al sujeto.

—Ahora sí que dispararía —sonrió perversamente la divina—… ¿Quiere que se lo demuestre?

El hombre no conseguía reaccionar. La espía se acercó a su maletín, cogió un paquete de cigarrillos al que, por supuesto, Harvey no había hecho caso, y tiró de uno de los cigarrillos.

—¿Sí?

—Simón, ¿nos están siguiendo?

—Claro. Y a distancia, como usted ordenó.

—No ha sido necesario el truco de la ampolla de gas para que nos durmiese a todos si las cosas se ponían peligrosas para mí. En realidad, todo esto no está pasando de ser un pequeño entrenamiento, que me hacía falta. Bien, pueden alcanzarnos cuando quieran.

—De acuerdo. Lo haremos en un par de minutos.

—Pues hasta entonces.

Brigitte cerró la radio, y la guardó cuidadosamente. Miró de

pronto al petrificado personaje que permanecía consciente, y sonrió talmente como una pantera jugando con un ratoncito.

—Ya me imagino que a ustedes les hacía mucha gracia eso de cargarse a todos los negros no sólo de Sudáfrica, sino del mundo entero. Hay odios que se arraigan en la mente como raíces podridas. Por tanto, a ustedes les parecieron maravillosos los proyectos de Van Derko, y han estado financiando todos los gastos. Pero resulta que yo no odio a los negros, ni a ninguna raza en particular, de modo que el juego ha terminado. Ahora, dígame cuál alternativa prefiere de estas dos: a) sube usted a cubierta y le dice a su tripulación que paren los motores y se entreguen; b) le rompo a usted la cabeza de un golpe y subo a convencer personalmente a su tripulación de que es absurdo oponerse al abordaje de mis compañeros, todos ellos bien armados y entrenados para acciones como ésta. Tiene un segundo para elegir.

El hombre respingó, y se puso en pie de un salto. Brigitte rió de nuevo, y su mirada se posó en la mesita de centro, donde había, entre otras cosas, una botella de champán dentro de un cubo de plata con hielo picado.

—¡Zambomba, qué delicia! Con su permiso voy a servirme una copa de champán. —Lo hizo, la tomó con la mano izquierda, miró al petrificado personaje, y brindó—… A la salud de los millones de negros cuyas vidas estoy a punto de salvar. —Bebió un sorbo y entornó los párpados con evidente placer—… Delicioso. ¿Qué está usted esperando, mamarracho? Ah, y le voy a ofrecer otras dos alternativas: c) lanzarse de cabeza al mar para intentar escapar de mí, cosa que de todos modos no lograría; d) regresar aquí después de decirles a sus empleados lo que les conviene hacer, y disfrutar del inmenso placer de conversar con una persona tan encantadora como yo. —Se sentó en el diván corrido bajo el ventanal, iluminada por el sol—… Uno de los temas de conversación podría ser: ¿quién es exactamente Charles Van Derko y dónde se le puede encontrar?

Bebió otro sorbo de champán, apurando la copa. El hombre reaccionó por fin, y se apresuró a salir a cubierta.

Cuando regresó, ya se oían los motores de la poderosa lancha de la CIA que daba alcance al yate Plancton, y la agente Baby estaba saboreando apaciblemente la segunda copa de champán.

El predicador se llamaba Adro Menkelo, y no se podía dudar de su

magnetismo, de su fuerza para hacerse escuchar. Se hallaba subido en una pequeña tarima metálica desmontable, que le elevaba casi metro y medio por encima del nivel de las cabezas de su público, compuesto en su totalidad por personas de raza negra.

El predicador Adro Menkelo era bien conocido en la República Sudafricana, que recorría sin cesar utilizando su vieja camioneta que le servía también de vivienda. Viajaba solo, se iba deteniendo en pequeñas localidades y en poblados, y tras instalarse procedía a predicar la paz y la mansedumbre. Porque… ¿de qué servía utilizar la fuerza contra quien es mucho más poderoso que nosotros? ¿De qué le sirve al cervatillo intentar utilizar la fuerza cuando el león le ataca? ¿No es mucho más razonable utilizar la mansedumbre, aunque sea un intento vano de convencer al león para que desista de utilizar su propia fuerza? En cualquier caso, lo cierto era que ellos, los negros, nunca podrían someter por la fuerza a los blancos, de modo que había que buscar otro sistema…

Mientras exponía sus pacíficos puntos de vista, el predicador se dio cuenta de que, por detrás de las filas de negros que le escuchaban al aire libre en aquella explanada apenas iluminada, aparecían algunos hombres de raza blanca.

Sin aspavientos, silenciosos y tranquilos, aparecieron hasta media docena de atléticos hombres blancos, que permanecieron inmóviles escuchando las palabras del predicador.

Adro Menkelo tenía unos sesenta años, y era un negro alto y fuerte, hermoso, de frente despejada y rasgos bien definidos. Sus ojos eran limpios, de expresión inteligente. Sus cabellos ensortijados y completamente blancos le conferían un aspecto incluso venerable. Era, sin la menor duda, la imagen del hombre de grandes cualidades intelectuales que podía motivar, compulsar grandes masas.

Por fortuna, las consignas que impartía Adro Menkelo eran de paz y de mansedumbre.

—… De modo que, hijos míos, id en paz, regresad a vuestras casas y recordad que matar no conduce más que a la represalia y a las penalidades que a veces superan las de la misma muerte. Porque a fin de cuentas, ¿qué es la muerte?

Menkelo hizo una bien medida pausa, asegurándose de que tenía pendiente de él la atención de todos los presentes…, incluida la de los hombres blancos que le observaban fijamente.

—La muerte —prosiguió— es ni más ni menos que el final al que todos hemos de llegar, seamos blancos o seamos negros. Y hay que recordar siempre una cosa que puede servirnos para saber valorar tanto la muerte como la vida: ¿qué dura más, la vida o la muerte? Sin duda, dura muchísimo más la muerte. Una vida puede durar sesenta, ochenta, quizás incluso ciento cincuenta años, pero… ¿qué significado tienen ciento cincuenta años comparados con la Eternidad de la Muerte? Absolutamente ninguno, es como una fracción de segundo en la vida de una persona. ¿Quién concedería más importancia a esa fracción de segundo que a todo el resto de la vida? Pues lo mismo sucede con la vida y la muerte: comparada con la brevedad de la vida, la eternidad de la muerte nos parece sublime y maravillosa. Así pues, debemos estar más preparados para morir que para vivir, debemos aprender a esperar la muerte con la certeza de que en ella tendremos una eternidad para disfrutar de todos los privilegios propios de los espíritus que han vivido en paz. No vayamos a la muerte atormentados por remordimientos ni marcados por odios y brutalidades, sino limpios de mente y de espíritu, y a partir de ese instante todo será gozo eterno para todos y cada uno de nosotros. Id en paz.

Tras la última palabra de Adro Menkelo se hizo palpable el silencio. No hubo aplausos, ni gritos, no hubo más que una retirada silenciosa de hombres y mujeres de raza negra. El predicador permaneció en su tarima, inmóvil, hasta que todos los negros se hubieron marchado, y sólo quedaron, como estatuas, los hombres blancos que habían aparecido tan discretamente. Unos metros más allá, algunos hombres negros se habían detenido, y contemplaban la escena, casi difuminados en la negrura de la noche, pero Menkelo les hizo gestos de que debían marcharse. Él no temía nada, y ellos tampoco debían temer nada.

Pero los negros que se habían quedado no parecían tener intención de dejarlo solo con los blancos, y finalmente Adro Menkelo descendió de su tarima, la plegó, y fue a su camioneta, dentro de la cual deslizó la tarima. Subió él, cerró las puertas de atrás, y encendió la luz del interior, de lo que era su vivienda.

Enseguida vio a la mujer rubia que ya conocía. Ella estaba sentada en el banco adosado a uno de los lados de la camioneta, ante la mesita alargada cuyas patas estaban atornilladas al piso del

vehículo. Sobre la mesa había un par de guantes negros, una peluca rubia, y dos lentillas de contacto de color verde, así como una cajita metálica conteniendo maquillaje negro… que podía servir a un negro para simular que era un blanco que se había teñido para parecer negro… La mirada del predicador se deslizó por encima de estos objetos, y luego hacia los azules ojos de la rubia, que susurró:

—¿Qué tal, Charlie?

Adro Menkelo miró su baúl, asimismo clavado al piso de la camioneta, y que cuando estaba cerrado servía también de asiento. En realidad, Adro Menkelo siempre llevaba cerrado el baúl, no sólo con dos cierres metálicos, sino con un grueso candado. Pero ahora, los cierres y el candado, que parecían invulnerables, estaban abiertos, y la tapa del baúl alzada. Adro suspiró, bajó la tapa del baúl, y se sentó de frente a la rubia.

—¿Cómo me ha encontrado? —inquirió.

—Estaba previsto que mis compañeros dispondrían de medios de transporte para afrontar cualquier eventualidad, es decir, que teníamos preparados dos automóviles, una lancha y un helicóptero. Primero se utilizó la lancha para seguir de lejos al Plancton, y cuando vieron que alguien desembarcaba avisaron al helicóptero, que naturalmente volaba a más distancia pero adecuadamente cerca. De modo que el helicóptero se encargó de usted, avisando por radio a los hombres de los coches respecto a su ruta, y, en cuanto éstos tomaron el relevo, el helicóptero se retiró. Mientras tanto, la lancha seguía al Plancton, conservando las distancias, a la espera de ayudarme. Pero no necesité ayuda para controlar a cuatro mamarrachos, que me dijeron dónde podría encontrar a «Charlie». Y como mis compañeros que le habían seguido también le mantenían localizado, no he tenido problema en llegar hasta usted. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿Quién es usted? Y esta vez, por favor, dígame la verdad.

—Soy la agente Baby, de la CIA.

—Entonces… ¿esos hombres que hay ahí fuera son de la CIA?

—En efecto. Y me quieren tanto que sería una lástima que me ocurriera algo. Quiero decir que si de alguna manera usted incita a sus amigos de ahí fuera para que intenten algún tipo de agresión contra mí, todos tendremos que lamentarlo.

—No pienso hacer semejante cosa.

—Ya. Es usted todo bondad, ¿no es cierto?

—Bueno… Hay de todo un poco —sonrió el predicador.

—De todo un poco.

—Sí. Digamos que hay una parte buena, y también una parte… mala, ésta representada por mis «socios» y por su dinero que me permitió contratar gente como Olaf Svenson, Mike Stenbeck y otros parecidos, y sobornar gente como Silvio Ferraro y sus colaboradores en la factoría de la Chimica Italiana para que desarrollaran el principio de la fórmula de mi invención…

—El virus celestial, claro. Ese virus que sólo mata negros.

—Y los envía al cielo —sonrió Adro Menkelo—… ¿Dónde se puede estar mejor que en el cielo? En ninguna parte, ¿no le parece?

—Por tanto, ésa es la parte buena.

—Naturalmente.

—Es decir, que lo que usted pretende es enviar al cielo a todos los seres de raza negra del planeta Tierra.

—Exactamente.

—Entonces, eso de «virus celestial» está muy bien pensado. Si sirve para enviar unos cuantos millones de personas al cielo, su nombre tiene que ser «virus celestial», qué duda cabe. Pero dígame, Charlie: ¿por qué quiere usted enviar al cielo a varios cientos de millones de negros?

—Porque estarán mejor allí que aquí oprimidos por otras razas. ¿Sabía usted que desde siempre los negros han sido sometidos por otras razas, desde mucho antes de la era babilónica a la actual?

—Reconozco que ha sido así —murmuró Brigitte—. Al menos, desde la Historia que nosotros conocemos. Pero no sabemos cómo estuvieron las cosas antes de nuestros datos históricos, ni sabemos qué puede deparar para los negros la Historia del Futuro. Por tanto, lo que usted pretende hacer nos privaría a todos de saber qué habría podido hacer la raza negra de aquí al año 5000, por ejemplo. Tal vez entonces las cosas estarían al revés, tal vez entonces la raza negra dominaría a todas las demás razas del planeta, y se hallaría en un momento de auténtico esplendor en todos los sentidos.

—No es posible que usted crea eso sinceramente.

—Ni lo creo ni lo dejo de creer. Puede que ocurra y puede que no ocurra nunca. No lo sé. De lo que sí estoy segura es de que ni usted ni nadie en este mundo tiene derecho a disponer nada menos

que de la supervivencia de toda una raza, sea cual sea esta raza. En realidad, Charlie, solamente hay una cosa de la que no estoy muy segura: ¿es usted un criminal al servicio de cuatro criminales fanáticos que odian a los negros y quisieran exterminarlos a todos…, o es un pobre chiflado que realmente cree que puede enviar al cielo unos cuantos cientos de millones de espíritus para redimirlos de sus penalidades en la Tierra? Acláremelo, por favor: ¿es usted un loco o un maldito criminal?

Adro Menkelo sonrió enigmáticamente, y dijo:

—Eso no lo sabrá usted nunca.

Con un gesto brusco, Adro Menkelo se llevó la mano derecha a la boca, y Brigitte apenas tuvo tiempo ver el pequeño objeto que pasó de una a otra.

Lanzó una exclamación, rodeó velozmente la mesita que la separaba del predicador, y todavía pudo oír cómo el pequeño objeto crujía entre los dientes del negro. Se detuvo en seco, y se quedó mirándolo incrédula y fascinada, mientras el negro ingería rápidamente lo que fuese.

Menkelo la miraba con torva sonrisa, y Baby susurró:

—Usted está loco… ¡Ahora comprendo que está loco!

—Tal vez sí, tal vez no —rió él—… ¡Nunca lo sabrá! En cualquier caso, me voy a escapar ahora mismo de las manos de usted, y de todos los malditos blancos, porque acabo de tomar mi propia dosis de virus celestial.

Brigitte Baby Montfort no dijo nada, de momento. Miraba al predicador, en cuyo rostro hubo de pronto una violenta crispación que duró apenas una milésima de segundo, vista y no vista. Acto seguido, los inteligentes y relucientes ojos del negro experimentaron como un apagón, como un descenso de luminosidad. El negro suspiró profundamente. Dejó de hacerlo de pronto, y sus ojos se cerraron. Quedó sentado, como una hermosa estatua que expusiera los bellos atributos de su raza.

La espía americana comprobó la muerte de Adro Menkelo pulsando con las yemas de dos dedos su carótida.

Luego, movió la cabeza, y dijo:

—No podré contárselo a nadie…, porque no me creerían.

Este es el final

Habían terminado de hacer el amor, a pleno sol, entre los rosales que Número Uno había plantado hacía poco cerca de la piscina. El aire estaba impregnado del aroma de las rosas, y el cuerpo de Brigitte se sentía empapado de este aroma y del placer recientemente experimentado en brazos del hombre que amaba.

Ambos desnudos, permanecían ahora quietos y en silencio. La caricia tibia del sol anunciaba la espléndida primavera… De pronto, Brigitte sintió el lento y dulce beso en un pezón, y abrió los ojos. Al mismo tiempo, Número Uno alzaba la cabeza tras besarla.

—¿Qué tal? —inquirió.

—Espléndidamente —suspiró Brigitte—. Me siento como en el cielo… ¡No! ¡Como en el cielo, no!

—¿No te gusta el cielo?

—¡Me gusta el cielo, pero en su momento…! Te aseguro que no tengo prisa en llegar a él.

—Digamos —sugirió el mejor espía de todos los tiempos— que prefieres el virus terrenal al virus celestial.

Brigitte Baby Montfort quedó atónita a más no poder, contemplando los oscuros ojos de Número Uno fijos en los de ella. De pronto, se echó a reír.

—¡Pero si acabas de hacer un chiste! —exclamó—. ¡Mi amor, acabas de decir una broma!

—Bueno —torció el gesto Número Uno—, todos tenemos alguna debilidad de cuando en cuando.

Brigitte volvió a reír, rodeó con sus brazos de seda dorada por el sol el cuello de Uno, y lo atrajo, besándolo en la boca y luego, dulcemente, atrayéndolo de nuevo hacia la posición del amor. Había fragancia de rosas, vuelo de gaviotas y resplandor de cielo y mar. El aire era hermoso. La vida era hermosa. Puede ser siempre hermosa.

Todavía estaban abrazados tras el último instante del placer cuando Brigitte comenzó a oír el rumor de un helicóptero. Acercó su boca al oído de Uno y susurró:

—Se acerca un helicóptero. Quizá sean enemigos nuestros.

—No me importaría morir ametrallado en este momento —susurró también Número Uno.

Ella rió quedamente, y añadió:

—Será mejor que nos pongamos el albornoz, no vaya a ser que se trate de algunos turistas curiosos y nos tomen unas fotografías.

Cuando el helicóptero fue visible desde aquella parte del jardín de Villa Tartaruga, tanto Brigitte como Número Uno se habían puesto ya el albornoz, y miraban hacia el aparato. Éste sobrevoló la villa, y dejó caer un paquetito que enseguida se convirtió en un pequeño paracaídas, que fue a quedar sobre un seto. Número Uno fue a recogerlo. Cuando le entregó a Brigitte el paquetito que pendía del paracaídas, el helicóptero ya se alejaba.

—Tus queridos Simones te han traído un mensaje —refunfuñó Uno—. Espero que no sea de los que odio.

Brigitte abrió el paquete.

Contenía una preciosa joya simulando una rosa, y la espía emitió un gracioso silbidito de admiración…, que no engañó a Número Uno, pues sabía que a la divina espía la dejaban indiferente las joyas.

También había dos notas.

Una de ellas decía:

> «Bruno Santorini nos ha rogado que le hagamos llegar este recuerdo y su agradecimiento».

La otra nota decía:

> *La Chimica Italiana me ha hecho saber que a partir de ahora formo parte del consejo de administración, y que voy a ser rico y poderoso. Les he dicho que ya soy rico ahora, por contar con la amistad de usted, y más poderoso que ellos, por poder contar con la ayuda de la mujer más extraordinaria del mundo. Mi vida está a su disposición. Con todo el afecto de,*

—Me pregunto —refunfuñó Número Uno— para qué puedes querer la vida de este sujeto.

—Pues te voy a contestar, porque se me acaba de ocurrir algo formidable: le voy a pedir que me fabrique un virus. ¡Pero no un virus celestial, nada de eso…! Simplemente, un virus de amor…, para arrojarlo en abundancia sobre el planeta Tierra.

Fin

Notas

[1] Mario Lipari, uno de los jefes del Servizio de Informazione e Difesa de Italia (SID), es un personaje que apareció en las aventuras de Baby tituladas *Ciudad del Vaticano y Matryoshka*. < <